

IDENTIDAD LASALIANA

- apuntes para un taller -

Secretariado para los Asociados Lasalianos

PRESENTACION

La Comisión internacional lasaliana “*Asociados para el servicio educativo de los pobres*”, con el acuerdo del Hermano Superior y su Consejo, reunió en junio de 2002 a cinco expertos lasalianos y les encargó la elaboración de un documento sobre la identidad lasaliana. La perspectiva global del documento habría de ser la nueva y compleja realidad de la Asociación Lasaliana, al tiempo que debería contribuir a clarificar la identidad específica del Hermano, según pedía la Propuesta 17 del 43º Capítulo General (año 2000).

Los cinco expertos, los Hermanos Bruno Alpago (Argentina), Robert Comte (Francia), Pedro Gil (España), Michael Meister (Estados Unidos) y Gerard Rummery (Australia), procedentes de diferentes lugares y culturas, trabajaron durante más de año y medio, con tres encuentros presenciales de varios días cada uno y, durante el resto del tiempo, utilizando con frecuencia el correo electrónico.

Primeramente, los expertos se dejaron interrogar por las cuestiones planteadas por la Comisión y las expectativas manifestadas respecto al documento. A continuación debieron ponerse de acuerdo en las opciones desde las que orientarían su reflexión:

- Dos núcleos centrales que se iluminan mutuamente: Identidad y Asociación.
- Un eje transversal que es la Comunidad. La Comunidad no será un capítulo aparte en el conjunto, sino la perspectiva desde la que se configura la identidad lasaliana, el eje que atraviesa los otros elementos –Misión, Consagración, Espiritualidad- e infunde en ellos el carisma lasaliano.
- Una lectura preferentemente narrativa, que recupere la importancia de nuestro “mito fundacional” (los orígenes de nuestra historia), como fuente de luz para todo el itinerario lasaliano y raíz vital para nuestra identidad colectiva. Y al mismo tiempo, una lectura atenta a los signos de los tiempos y a los cambios que hoy se producen, porque esta identidad sigue haciendo historia, no la repite.
- Los destinatarios serán un conjunto muy variado de personas que se reconocen actualmente en la identidad colectiva lasaliana, y entre ellas están quienes no participan directamente en la fe cristiana, pues el carisma lasaliano desborda los límites de la Institución eclesial oficial. El documento deberá mantener la tensión entre los dos polos: su fidelidad al Evangelio y a la Persona de Jesús, que es el corazón de la identidad lasaliana, y el reconocimiento de la acción del Espíritu Divino a través de otras tradiciones religiosas. El lenguaje deberá ser suficientemente comprensible e inclusivo, al tiempo que ha de atender a señalar lo específico de una u otra forma de vivir la identidad lasaliana, y concretamente del Hermano.

La elaboración de los sucesivos borradores del documento se realizó en un diálogo continuo, dejándose confrontar cada uno por los puntos de vista de los demás y por las reacciones que llegaban desde fuera del grupo.

El texto que aquí se ofrece no es todavía el texto definitivo. La intención de los autores como también de la Comisión es ofrecerlo al mundo lasaliano como “apuntes para un taller”. La propuesta, en realidad, es poner un marcha un taller múltiple donde intervengan las

diferentes identidades lasalianas, ya sea en grupos homogéneos o de composición variada. Los autores de estos “apuntes” sugieren al final de cada capítulo una serie de cuestiones para orientar la reflexión. Pero es importante seguir metodológicamente el proceso que ellos han seguido:

- En primer lugar, es preciso dedicar un tiempo amplio, sin prisas, para reflexionar, escuchar, compartir... Especialmente valiosos serán los talleres de varios días, donde la convivencia y la oración en común sean la base de la reflexión.
- Luego hay que tomar conciencia de los interrogantes y oscuridades que hay dentro de nosotros mismos, alrededor nuestro, en nuestra cultura, en los signos de los tiempos que vivimos...
- A lo largo de la reflexión, hemos de estar atentos a encontrar los ejes centrales, los puntos de apoyo, lo que asegura la continuidad y la progresión de la identidad, las fuentes de vida... Para ello es necesario acudir a la riqueza documental que hemos heredado, empezando por los escritos del Fundador.
- Compartamos nuestras conclusiones y descubrimientos con otros grupos, escuchemos sus aportaciones, notemos los diversos acentos, distingamos lo que es común y lo que es específico de grupos o de culturas...
- Y pensando en lograr un documento de consenso sobre la identidad lasaliana, ¿qué cambiaríamos en el que aquí se ofrece?, ¿qué añadiríamos?

Enviemos nuestras aportaciones, pequeñas o grandes, al Secretariado para los Asociados Lasalianos: abotana@lasalle.org

Hermano Antonio Botana

1. El itinerario de la comunidad lasaliana (Gerard Rummery, fsc)
2. El cambio de época y sus signos (Robert Comte, fsc)
3. El reto de la misión: reinventar la comunidad educativa (Pedro Gil, fsc)
4. El reto de la pertenencia (Bruno Alpago, fsc)
5. Espiritualidad lasaliana y Asociación (Michael F. Meister, fsc)

Conclusión. La identidad lasaliana hoy: una identidad diferenciada (Robert Comte, fsc)

Gerard Rummery, fsc

Hoy, las obras lasalianas de todo el mundo encuentran su origen en San Juan Bautista de La Salle (1651-1719) y en el Instituto de Hermanos de las Escuelas Cristianas, del que fue su fundador. Su obra llega al comienzo de lo que denominamos la Modernidad, cuando la Francia que él conoció vio el éxodo masivo de las zonas rurales a las ciudades, en rápido desarrollo. La preocupación de La Salle y de sus Hermanos por la educación de los pobres de las ciudades se produce frente al ambiente de la cima de la civilización francesa en la corte de Luis XIV.

¿Cuál fue la fuerza dinámica de esta fundación que le permitió sobrevivir a su supresión en su país de origen en 1792, su restauración en 1803 y su expansión final por todos los continentes, de tal manera que el 96% de los asociados a este movimiento no sean miembros de la Congregación, estrictamente hablando, pero se vean como participantes, de diferentes maneras, del mismo patrimonio lasaliano?

Las páginas siguientes trazan la continuidad entre la visión fundacional y la vitalidad del movimiento lasaliano hoy.

1. El itinerario personal de La Salle hacia el sacerdocio

El itinerario de la primera comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas se inicia con el recorrido personal de Juan Bautista de La Salle. Sólo más tarde tiene lugar el de los maestros. El joven canónigo, cuya competencia administrativa y dominio personal han quedado probados entre 1672 y 1678, llegó sin darse cuenta, tal como sus propias palabras indican, a quedar asociado, mediante promesa solemne, con un grupo de hombres a los que en un principio situó por debajo de la escala social de su propio criado. Antes de detenernos en los acontecimientos que siguieron al encuentro con Adrián Nyel en 1679, es importante tener en cuenta el recorrido del joven La Salle, sobre todo, por medio del sufrimiento y al asumir las responsabilidades familiares entre 1672 y 1678.

Los biógrafos nos hablan de la muerte de su madre el 19 de julio de 1671 y de la de su padre el 9 de abril de 1672. El joven Juan Bautista no estuvo presente en sus funerales. Su madre había sido enterrada casi dos semanas antes de llegar a Reims para encontrarse con su apenado padre y con sus hermanos. Solo nueve meses más tarde tuvo lugar la muerte de su padre. Sabemos que Juan Bautista hizo el retiro de Semana Santa en San Sulpicio antes de dar por finalizados sus estudios y residencia en París y, por tanto, solo dos semanas después regresó a Reims para encargarse de sus obligaciones como administrador de las propiedades de su padre. Gracias a la pormenorizada investigación de León Aroz en *Cahiers lasalliens, Nros. 26-32*, conocemos tanto acerca de cómo vivió estos años, entre 1672 y 1678, pero solo podemos adivinar su pena personal y el sentimiento de soledad. Con la ventaja de una mirada retrospectiva, podemos ver fácilmente cuánto creció su fe personal y cómo se fortificó a través de estos años dedicados al gobierno de su familia.

2. Un conflicto para resolver

Ante todo está presente la tensión entre su orientación personal hacia el sacerdocio y sus nuevas obligaciones de administrador. Si, inicialmente, reanudó sus estudios teológicos en mayo, solo unas semanas después de volver a Reims, y recibió el subdiaconado a primeros de junio en Cambrai, para Octubre ya había dejado de lado sus estudios debido a sus tareas administrativas. Este sentido de fidelidad a su primordial obligación de administrador, sin embargo, no le permitió nunca perder de vista el objetivo del sacerdocio al que se sentía llamado.

En segundo lugar, podemos entrever la influencia duradera de San Sulpicio a través de su vida, señalada especialmente en la importancia que concedió a la presencia de Dios en sus escritos últimos y en las meditaciones sobre la oración interior (*oraison*) y, cuando el momento de crisis de 1691, en la imitación evidente de Jean-Jacques Olier y sus dos compañeros en el contenido y la forma del “voto heroico” de aquel año. Y la sumisión que tuvo a su director espiritual en San Sulpicio, ¿fue, tal vez, lo que le llevó más tarde a forjar una relación tan especial con Nicolas Roland, su director espiritual? Aunque la insistencia de Roland para que renunciara a su canonjía no fructificó, debido al cambio de intención del párroco, puede haber sido una lección importante para comprender la fuerza de la presión jerárquica por mantener el *status quo*, algo de lo que Juan Bautista tendría experiencia otras muchas veces en su vida. Nombrado albacea de la voluntad de Roland, La Salle consiguió la aprobación de las Hermanas del Niño Jesús. Y así fue, entrando en la nueva senda de relación con estas Hermanas, como llegó a conocer a Adrian Nyel, a consultar a Nicolás Barré y, siguiendo el consejo de Barré, a convertirse en guía del grupo de maestros de Nyel.

3. Fidelidad a la voluntad de Dios

El autobiográfico *Memorial sobre los orígenes* no deja duda de que el inesperado encuentro con Adrián Nyel a principios de 1679 tuvo consecuencias que llegaron a ser una prueba importante de la fidelidad de La Salle. Es difícil no percibir que, en numerosas ocasiones, hasta el 6 de junio de 1694, La Salle pareció ver su tarea como dar estabilidad a esta nueva comunidad que él mismo había fundado casi a pesar de sí mismo, pero parece que no la vislumbró como la obra de su vida. Los diversos intentos de permitir a los miembros que decidieran su propio futuro, como comunidad de laicos con su propia autonomía, en dependencia de un superior laico, pueden dar, ciertamente, la impresión de que fue sólo en 1694 cuando vio que Dios le llamaba a hacer votos perpetuos como uno de ellos. Ciertamente, la misma fecha del Memorial [“algunos años más tarde”] sugiere que para junio de 1694 La Salle había llegado a ver que su tarea de ayudar a la estabilidad de esta comunidad desde fuera no era suficiente. El mismo espíritu de fe que le había llevado a este momento, ahora le dirigía a dedicar el resto de su vida a esta tarea

Fidelidad, para La Salle, no era seguir un camino predeterminado y pisado antes por otros. Era, más bien, el reconocimiento de que el Espíritu de Dios le llamaba activamente, a través de los acontecimientos y retos de las circunstancias cambiantes, a la fidelidad a un futuro que, de ninguna manera, era claro y seguro, excepto por la apertura completa a este “Dios que es tan bueno...”

4. Caminando en el espíritu de fe

En sus 18 meses en San Sulpicio, el joven La Salle parece haber comprendido y aceptado una de las características de la espiritualidad del siglo XVII francés respecto del discipulado cristiano. No se trataba tanto del ‘seguimiento’ o incluso la ‘imitación’ de Cristo y el seguimiento del ejemplo de Cristo sino, en un sentido más profundo, de la manera como Cristo viviera en nosotros. La misma invocación, que más tarde se convirtió en santo y seña de la comunidad – “¡Viva Jesús en nuestros corazones! ¡Por siempre!”- fue una oración constante de la comunidad y sus miembros, de unos por otros. Resulta llamativo notar con cuánta frecuencia en su *Explicación del Método de Oración* La Salle invoca el texto de Gálatas 2.20 “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí,” como la disposición interior a la que la fe debería conducirnos.

“No mirar nada sino con los ojos de la fe,” como escribió más tarde en la *Colección*, le permitió ser fiel a pesar de muchos graves contratiempos. Está el intenso contratiempo que debe haber sentido cuando muchos de los primeros maestros le abandonaron. Está la dramática inversión de papeles cuando, después de haberse referido a la Escritura con los nuevos maestros para mostrar la importancia de la confianza en la providencia de Dios, ellos pudieron mostrarle la contradicción entre su propia seguridad de vida y el consejo del Evangelio que ofrecía. Su experiencia de administrador de cómo podría usarse el dinero para dotar de fondos a las escuelas fue rechazada por un Barré que le pidió, en lugar de ello, renunciar a su fortuna personal y confiar en la providencia de Dios. El mayor regalo de Barré a La Salle puede haber sido ayudarlo a ver que la salvación de los jóvenes no saldría de la estructura jerárquica de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo sino de la manera como la misión de Cristo fuera llevada a cabo a través de esta nueva comunidad laical que aseguraba la continuidad de las escuelas gratuitas.

No es sorprendente, pues, que La Salle diese el espíritu de fe como el espíritu esencial para quienes vivirían en esta comunidad. Su enfoque no fue una abstracción vaga, sino que implicaba “ver y juzgar” los acontecimientos a la luz de la fe e, incluso con atrevimiento, intentar verlos como Dios los ve. Vio también que su fe era auténtica en tanto que se manifestase a través de lo que llamaría “celo ardiente”. ¿Fue quizás, por medio de su propia cercanía como confesor y guía de los primeros seguidores, que las prematuras muertes de los Hermanos Jean-François, Nicolás Bourlette, Jean Morice y Enrique L’Heureux en los primeros años de la comunidad le afianzaron en su convicción de la importancia de la fe y de su expresión a través del celo, como fundamental para el trabajo de las escuelas, y fortificaron su creciente percepción de que el trabajo de las escuelas cristianas era verdaderamente “obra de Dios”? El espíritu de fe expresado a través del celo era esencial, pero es significativo que el logro de La Salle, como señala Michel Sauvage en *Catequesis y Laicado*, fue su insistencia en que el itinerario de fe no era para realizarse en solitario, sino para que debía sostenerse a través de la pertenencia a una comunidad

5. Miembros de una comunidad

Si asumimos que la primera Asamblea en Reims fue desde la Ascensión a la Fiesta de la Santísima Trinidad de 1686, entonces es ahí donde podemos localizar algunos de los elementos esenciales que consolidaban la integración en la comunidad con decisiones sobre diversos signos externos de pertenencia. Después de pedir a La Salle que se hiciese cargo de las escuelas de Laon y Guise, Nyel regresó a Rouen en el verano de 1685. Por más que el

informe de Blain de esta Asamblea resalta la humildad de La Salle al permitir a los participantes que expresasen sus propias opiniones sobre los temas en discusión, los comentaristas modernos de estos mismos hechos hacen hincapié en lo importante que fue para La Salle permitir que cada persona hablase por sí misma, puesto que eran ellos quienes escogían hacer la transición de un grupo *ad hoc* para convertirse en un nuevo tipo de comunidad con su propia misión especial.

La decisión de vestir un hábito particular era un signo visible de pertenencia a una comunidad. Más importante y fundamental para todo el proceso fue la decisión de relegar el nombre de ‘maestro’ y adoptar el título de Hermano, especialmente con el doble sentido dado a la expresión, al definirse a sí mismos como ‘hermanos unos de otros’ en la comunidad y ‘hermanos mayores’ respecto de los jóvenes confiados a su cuidado. La Salle permitió a algunos miembros emitir voto de obediencia por tres años, renovable cada año, pero es importante ver que fue una opción personal y, en modo alguno, algo constitutivo de la comunidad. Parece probable que tanto el hábito como el nombre surgieran tras buscar consejo de Barré, cuyos ‘hermanos’ nunca tuvieron el éxito de las ‘hermanas’ que él fundó, posiblemente porque Barré, al ser Mínimo él mismo, nunca vivió en comunidad con sus Hermanos. Ciertamente, esta ‘nueva’ comunidad de hombres que ni eran clérigos ni oficialmente ‘religiosos,’ en el sentido de entonces, fueron vistos pronto con recelo desde el punto de vista clerical, especialmente cuando se supo que La Salle, antiguo canónigo de Reims, ¡estaba sometido a la obediencia de un superior laical de la comunidad: Enrique L’Heureux!

Esta transformación de los maestros de escuela, de individuos a comunidad, no ocurrió en un momento sino que podría imaginarse como la encrucijada donde el propio itinerario de La Salle se cruzaba con los pasos vacilantes de los antiguos maestros de escuela. Lo que mantuvo a los miembros de la comunidad unidos no fueron los lazos tradicionales de una comunidad religiosa -el hábito, los votos y una regla de vida aprobada oficialmente- sino más bien la disposición de un grupo de laicos para asociarse entre ellos, poner todo en común y vivir juntos según normas acordadas que asegurasen la continuidad de las escuelas gratuitas fundadas para la educación cristiana de los niños pobres de Reims y sus alrededores. El compromiso se expresó a través del consentimiento y disponibilidad de todos los miembros para seguir con el trabajo iniciado. Si La Salle permitió a algunos emitir votos, fue para acomodarse a su preferencia y devoción particulares. La misión común sería desarrollada por todos, con o sin votos.

6. El itinerario de Reims a París

El traslado material de Reims a París en 1688 fue otro hito en la vida de la comunidad. Ante todo, La Salle, que había obtenido satisfactoriamente la aprobación eclesiástica y civil y un futuro asegurado para las *Hermanas del Niño Jesús* de Roland, no estaba dispuesto a aceptar el mismo ofrecimiento de aprobación y tutela por parte del arzobispo de Reims. En ausencia de un motivo claro para este rechazo, podemos suponer al menos que La Salle se dio cuenta de que el pequeño grupo no había encontrado todavía su propia identidad o estabilidad, como los sucesos de París lo probarían pronto. El *Memorial sobre el Hábito* fue otro paso importante en la insistencia de este sentido de ‘comunidad’, señalado por los primeros biógrafos ya para 1681-1682, y mencionado por el propio La Salle en el mismo año en su carta a las autoridades de Château-Porcien. Los miembros podían estar viviendo en cierto número de ‘casas’ separadas, pero se veían a sí mismos formando una *comunidad*.

La importancia del ‘voto heroico’ del 21 de noviembre de 1691 fue que tenía un objetivo preciso, no formulado antes tan explícitamente: la fundación de la *sociedad*. El objetivo del voto heroico se logró cuando el 6 de junio de 1694 La Salle y doce Hermanos pronunciaron votos perpetuos de asociación, obediencia y estabilidad. La importancia de su voto de asociación fue que unió a los miembros con la mira puesta en una misión común, la continuidad de las escuelas cristianas y gratuitas. Si la comunidad tenía la apariencia externa de una comunidad ‘religiosa’, su novedad estaba en que difería de muy significativas maneras. En lugar de ser como las comunidades existentes, en las que los votos de pobreza, castidad y obediencia eran fundamentales para crear la base sobre la que una misión externa pudiera llevarse a cabo, los miembros de esta nueva comunidad se asociaron primeramente para vivir según las reglas de esta comunidad con el fin de continuar las escuelas cristianas y gratuitas. Algunos confirmarían esta opción por medio de los votos, pero otros servirían a la comunidad sin verse obligados a hacerlos.

7. La función social de aquella primera Asociación

Once años antes del ‘voto heroico’ de asociación, el 21 de noviembre de 1691, La Salle se había mostrado dispuesto a ‘asociarse’ estrechamente con personas de un status social inferior. Sus biógrafos son unánimes al decir lo natural que fue para La Salle invitar a Nyel y a su maestro-discípulo a su propia casa mientras se adoptaban las disposiciones para la primera escuela. Cuando se abrió la escuela de San Mauricio en abril de 1679, Nyel y los primeros maestros se alojaron con el párroco. Esta disposición resultó insatisfactoria y en las Navidades de 1679 La Salle los alojó detrás de San Sinfiriano. Esta situación tampoco resultó, y en junio de 1681 La Salle los llevó a su propia casa en la calle Santa Margarita. El choque con su familia –la natural y la ampliada- muestra hasta qué punto estaba dispuesto a llegar con el fin de asegurar el éxito de las escuelas; algo que había llegado a ver como inseparable de la formación de los maestros por medio de una comunidad. Esta discrepancia entre personas de dos niveles de la sociedad ampliamente separados no pudo ser imprevisto, pero el intento de La Salle por hacer que funcionara es quizás una medida de su convicción creciente de la importancia del itinerario que estaba dispuesto a emprender para que estas escuelas triunfaran.

La reacción en los medios familiares y eclesiásticos de Reims ante la vida de La Salle como simple miembro de una comunidad laical y con un superior laical mostró la fuerza del sistema social de entonces. León Aroz, en el *Cahier lasallien n° 52*, nos ha ayudado a conocer el conflicto familiar que culminó con el pleito interpuesto por su cuñado, Juan Maillefer, esposo de María de La Salle, y que llevó finalmente a La Salle y a los maestros a mudarse a la calle Nueva en 1682.

Quizás sólo al tomar perspectiva, desde la primera reunión con Adrián Nyel al principio de 1679 hasta su muerte en San Yon en 1719, podemos apreciar la importancia de la distancia social que recorrió desde una posición de tutela a otra de servicio y el proceso de llegar a ser instrumento escogido de Dios y dar nacimiento a una comunidad laical que le sobreviviría y continuaría la misión de la educación cristiana y gratuita que él emprendió. Pero es importante que no resaltemos de tal manera el itinerario de La Salle que subestimemos el itinerario recorrido por la comunidad de la que fue fundador. Los hombres que aceptaron el liderazgo de La Salle y su orientación lo hicieron así sin el sólido fundamento teológico y formación espiritual con que él se había enriquecido, pero estaban deseosos de asumir este

itinerario teniéndole a él como líder. También ellos fueron conducidos por la fe a través de una nueva senda en la Iglesia.

8. La crisis de 1707-1714

Tras la pérdida de la causa judicial interpuesta contra él por los maestros calígrafos y la condena formal nominal, el 29 de agosto de 1704, no sólo de La Salle sino también de 18 Hermanos, el viaje de La Salle y los novicios continuó a Rouen, mientras los Hermanos señalados, que ya no podían enseñar en París, eran dispersados en Chartres, Dijon y Rouen. El éxito en la superación gradual de las dificultades en Rouen trajo consigo cierta estabilidad para la comunidad; pero la sentencia desfavorable para La Salle en el prolongado asunto Clement, arrastrado desde 1707 hasta 1712, condujo a La Salle, finalmente, a la visita de las comunidades del sur de Francia, para alejarse así de traer mayores dificultades a su comunidad.

La historia de La Salle en los 30 meses de ausencia de París la conocemos sólo a través de algunos detalles aislados. Si el plan original era sólo alejarse de París para no traer mayores dificultades a su comunidad, parece que una serie de desengaños le llevó a convencerse de que su asociación con los Hermanos era en sí misma la fuente de las dificultades de éstos. Cualesquiera fueran los consuelos que La Salle pueda haber recibido en Grenoble, lo que más nos sorprende es la imagen del doctor en teología buscando consejo de una pastora analfabeta, Sor Luisa. La carta de los “principales Hermanos” en la Pascua de 1714 señala una nueva etapa en el itinerario de la comunidad, por su claridad en apelar al acto de asociación de La Salle con ellos el 6 de junio de 1694 como la base sobre la cual la comunidad puede reclamar su regreso: ¡los autores de la carta han asimilado realmente sus enseñanzas!

9. La importancia de las Reglas Comunes de 1717-18

La comprensión clara de la importancia de la asociación se muestra también en que, para que fuera aprobada la decisión de celebrar un Capítulo General en 1717, el Hermano Bartolomé visitó la mayor parte de las comunidades con el fin de recabar la firma de cada Hermano como señal de aceptación. La comunidad tiene unos 25 años de experiencia cuando La Salle formula por primera vez un conjunto de Reglas Comunes en 1705, aun cuando los biógrafos hablan de Reglas escritas en época más temprana, 1694, y el *Memorial sobre el Hábito* habla de los miembros de la comunidad viviendo según unas Reglas. Ahora, hacia el final de su vida, cuando los Hermanos estaban ya dispuestos a nombrar como sucesor suyo uno de entre ellos, La Salle da los toques finales a las Reglas Comunes, basado en la experiencia vivida de la comunidad desde sus orígenes. Lo más significativo es que esta versión “final” aprobada por los delegados al Capítulo General en Rouen fue también enviada a cada comunidad por el Hermano Bartolomé para remplazar la Regla en vigor hasta entonces.

10. La fidelidad del Hermano Agatón al itinerario

Los cien Hermanos de 1719 habían llegado a ser casi 900 en 1789. A partir de la primera mitad del siglo, los Hermanos entraron en conflicto con los *filósofos*, defensores de la Ilustración. Desde 1725, el Instituto había sido aprobado oficialmente por la Iglesia con la concesión de su Bula de Aprobación. Mientras que este reconocimiento oficial, por parte de la

Iglesia y del Estado, había ayudado a la expansión del Instituto, éste actuaría ahora como congregación religiosa y, en la teología de la vida religiosa de aquel tiempo, viviría con la ambigüedad de los dos objetivos de su estilo de vida semimonástico; a saber, la búsqueda de la perfección por parte de los Hermanos al perseguir su propia salvación y la exigencia, a veces aparentemente contraria, de que los niños estuviesen “por mañana y tarde bajo la dirección de los maestros.” Es más fácil que el historiador supere al Hermano Agatón y a su Consejo en ver que los Hermanos estuvieron en peligro de perder el vínculo esencial entre su consagración, su comunidad y su misión. Sin embargo, el liderazgo del Hermano Agatón con sus escritos desde 1777 a 1792 testimonia su fidelidad a la visión fundacional, al luchar por mantener los principios fundamentales de la gratuidad, la “principal función” del Hermano como catequista, el desarrollo de la lista de *Las doce virtudes del buen maestro* propuestas por La Salle, la actualización de la *Guía de las Escuelas* a las nuevas necesidades, y su inspirada defensa contra la supresión del Instituto por la Asamblea Nacional. Incluso, aunque el Instituto cesó de existir formalmente a partir de 1792 en la tierra de su fundación, el hecho de que ya en 1803 hubiera una comunidad establecida en Lyon, seguido muy pronto por la llegada del Hermano Frumencio como Vicario General en 1805, es en sí mismo un tributo a sus sólidos fundamentos. Y aunque fue obstaculizado de muchas formas por el control de su estatuto por parte de la universidad a lo largo del siglo XIX, el Instituto mostró gran creatividad y llegó a ser misionero de un modo que su fundador nunca hubiera imaginado.

11. Fidelidad en la crisis de 1904

A finales del siglo XIX, el crecimiento del Instituto fuera de Francia presentaba ciertas dificultades. Una de ellas provenía del hecho de que el carisma fundacional se hubiera institucionalizado a través de formas centralizadas de gobierno, por lo que había una tendencia hacia la uniformidad como si fuera un valor en sí misma, y la incapacidad para reconocer la gran diferencia de circunstancias culturales en las que los Hermanos estaban trabajando. Esto sucedió en las dificultades encontradas al intentar respetar el principio de gratuidad cuando los Hermanos tenían que mantener internados para tener alguna seguridad económica. Respondiendo así parecía ponerse en cuestión la identidad de los Hermanos en cuanto a su dedicación a “los hijos de los artesanos y de los pobres”. Esta insistencia en la uniformidad y una fidelidad literal a la Regla (especialmente en la rígida interpretación de la prohibición de enseñar el latín), amenazaba el desarrollo de nuevas formas de respuesta en el servicio a las necesidades de los pobres. El cambio de circunstancias hacía también necesario mejorar la formación de los propios Hermanos.

Las leyes de secularización en la Francia de 1904 plantearon un dilema a los Hermanos franceses de aquel tiempo: ¿era posible ser fiel a la visión fundacional si el Hermano ya no podía continuar viviendo en el Instituto con la tradicional “separación del mundo”, un nombre religioso y un hábito, el soporte de la vida comunitaria y todos los demás aspectos que habían estado siempre presentes, o era mejor salir al exilio y mantener la propia vida del Instituto en un país extranjero? Mirado desde nuestra posición, un siglo más tarde, es posible ver que ambos, tanto los Hermanos “secularizados” como los que optaron por el exilio, fueron fieles, pues, por un lado, las leyes injustas se convirtieron en instrumento providencial para una mayor expresión internacional del Instituto, ya lanzado a una expansión misionera en la segunda mitad del siglo XIX, y por otro, los Hermanos “secularizados” mantuvieron su presencia de forma creativa y fueron ampliamente responsables para preservar lo que pudieron hasta que las leyes injustas fueron revocadas.

12. El significado de la refundación

Existe la profunda sensación de que cada nueva apertura, desde la primera escuela en San Mauricio (1679), ha sido una refundación, porque los mismos principios subyacentes a la herencia lasaliana han conducido a su creación. Entre estos principios habría que incluir estos cuatro:

- la fundación es una respuesta, dentro del espíritu del Evangelio, a las *necesidades* particulares de aquellos a quienes sirve;
- los responsables del trabajo se *asocian* en lo que ven una empresa común y están dispuestos a trabajar juntos para conseguir sus fines;
- la base de las relaciones, entre aquellos que sirven así como entre aquellos que son servidos, es la de ser “*hermanos/hermanas* unos de otros y *hermanos/hermanas mayores* para los que son servidos”;
- un profundo sentido de *gratuidad*, material y espiritual, caracteriza las pautas de la fundación.

Si los principios anteriores se consideran indispensables para la fundación misma, no es menos importante que una evaluación periódica asegure que se mantienen y conservan, especialmente si la fundación original tiene que cambiar debido a circunstancias externas. Si tal evaluación mostrara que algunos o todos los principios originales ya no son operativos, la fidelidad a la herencia obligaría a intentar poner en práctica los mismos principios fundacionales en la nueva situación.

Desde un punto de vista histórico, cada Distrito ha tenido responsabilidad local para garantizar el carácter lasaliano de sus fundaciones, mientras que los Capítulos Generales del Instituto han realizado evaluaciones periódicas de la política seguida desde una perspectiva internacional. El reconocimiento por parte de los Capítulos Generales de 1976, 1986 y 1993 de que la misión es ahora “compartida” con personal seglar –que es mayoritario- ha puesto cierta urgencia a las propuestas del Capítulo General de 2000, que pide participación más amplia de seglares representativos en la elaboración de líneas directrices respecto de la misión lasaliana. De cualquier manera que esto pueda ponerse en práctica, la fidelidad al patrimonio requiere que todas las personas convocadas a ayudar a realizar y poner en práctica tales decisiones necesitan formación en el conocimiento de los principios fundacionales y en la preparación para apoyarlos.

PARA CONTINUAR Y COMPARTIR LA REFLEXIÓN

1. ¿Cómo se ha cruzado el itinerario de su vida personal con el de la comunidad lasaliana?
2. ¿Qué le llama más la atención de esta panorámica del itinerario de la comunidad lasaliana? ¿Cuáles son, en su opinión, los ‘valores’ importantes que han permitido a la obra lasaliana crecer, sobrevivir y permanecer importante en tantas partes del mundo hoy?
3. ¿Encuentra los cuatro principios de “refundación” [§12] aplicables a la obra [¿misión?] lasaliana a la que usted contribuye? En caso afirmativo, indique cómo. En caso contrario ¿qué más le parece que debe hacerse?

Robert Comte, fsc

¿Por qué comenzar por una reflexión en torno a los cambios actuales? Porque la atención a los signos de los tiempos es constitutiva de nuestra tradición. Porque sería irrealista evocar el carisma lasaliano de forma intemporal. Estando atentos a esos signos de los tiempos es como los autores de la Declaración sobre el Hermano de las Escuelas Cristianas en el mundo actual supieron proponer al Instituto un mensaje vivificante al final del Concilio Vaticano II (Capítulo General de 1966-67). Estando atentos a los signos de este momento es como tendremos alguna posibilidad de encontrar nuevos caminos de encarnación del carisma lasaliano.

Seguramente es temerario pretender evocar en unas páginas las grandes tendencias de la evolución reciente en nuestras sociedades: los procesos son muy complejos y estamos demasiado metidos en el acontecimiento para discernir toda su amplitud. Además, para hablar de él, estamos inevitablemente situados en un determinado contexto (un occidental no dirá lo mismo que un africano o un asiático): por ejemplo, los debates occidentales en torno a la modernidad (o la post-modernidad) no son necesariamente pertinentes en otros lugares. En fin, no se trata de ser exhaustivo, sino de situar nuestros propios asuntos en un determinado horizonte.

1. La mundialización o la emergencia de la era planetaria

Es sin duda el mayor fenómeno que emerge desde hace unos diez años. Podemos definirlo como un intercambio generalizado entre las diferentes partes del planeta y esto de diversas formas: la expansión del comercio mundial, la globalización financiera, el desarrollo de las multinacionales, el derecho internacional, el mestizaje cultural, mundialización de la información y de las redes de comunicación.

Pero, también concierne a las religiones. Al favorecer la circulación de personas e informaciones, nuestra época relativiza las religiones (al estar en presencia las unas de las otras) y cambia la forma de vivirlas: ecumenismo, pluralismo religioso, pero también sincretismos y reacciones fundamentalistas. Y no olvidemos que existe una mundialización de los encuentros religiosos (Taizé, JMJ).

Este fenómeno no es completamente nuevo. Si se ha acelerado repentinamente a causa de la liberalización de los flujos financieros y de su explosión, existen antecedentes: los grandes descubrimientos (siglo XVI), la colonización, la revolución industrial y la de los transportes en el siglo XIX y a comienzos del siglo XX... El proceso se ha acelerado en nuestra época, sin que se haya iniciado en ella.

Resultado: todo se relaciona cada vez más a escala mundial; los modos de vida así como las normas económicas son cada vez más homogéneos. Una crisis política o económica local puede tener una amplia repercusión en el día de hoy. Esto no supone que las relaciones sean

más armoniosas o igualitarias entre los diferentes países del mundo, lejos de eso. Pero, más que nunca, vivimos en un mundo interdependiente.

2. Las mezclas culturales

Para evocar estas cuestiones, se habla de multiculturalismo, pero este término engloba dos cosas. Por un lado, hace referencia a un hecho: las sociedades están cada vez más compuestas de grupos culturales distintos (en el mundo, no existe ni un 10% de países que sean culturalmente homogéneos). Por otra parte, puede designar una política (variable según los países) que tenga por objetivo la mejor coexistencia de esos grupos: dejaremos de lado esta última cuestión.

La mezcla de culturas es un hecho masivo, tanto en el interior de los países como entre ellos. Este fenómeno es muy importante ya que asistimos a una mundialización de las corrientes migratorias. Ninguna cultura es actualmente “químicamente pura” (si por casualidad lo ha sido alguna vez); las culturas se mezclan las unas con las otras como en un mosaico. Se puede añadir que nuestras sociedades proponen simultáneamente todas las concepciones del mundo que han surgido en la historia, como si dispusiéramos de una memoria recapitulativa. Dicho de otro modo, nuestras mentes se refieren a concepciones del mundo que están lejos de ser homogéneas y contemporáneas.

Además, esta mezcla de culturas va unida al desarrollo de reivindicaciones de identidad en numerosas sociedades: las minorías pretenden afirmar sus especificidades en la vida pública y reclaman su reconocimiento. Esta corriente cultural y política se sitúa en una evolución histórica y podemos diferenciar tres etapas: las sociedades *tradicionales* valoran el principio jerárquico (cada uno forma parte de un todo y ocupa un lugar determinado); las sociedades *modernas* que valoran la igualdad democrática (cada cual es un ciudadano que dispone de los mismos derechos que sus semejantes); las sociedades de *modernidad tardía* buscan una expresión del principio de igualdad fundada en el reconocimiento de las diferencias. Esta petición de reconocimiento no se desarrolla de la misma forma en todos los países, pero atraviesa numerosas sociedades, forma parte del paisaje político y cultural. Aparece como telón de fondo de las reivindicaciones de identidad de algunos grupos religiosos.

3. Sociedades incapaces de resolver ciertos problemas

En numerosos países, las estructuras establecidas son incapaces de resolver los problemas a los que se enfrenta la sociedad. El fenómeno de la mundialización no es extraño al problema (la solución de muchas cuestiones desborda la escala demasiado reducida de cada país). Pero otras razones pueden explicar las dificultades encontradas.

Por ejemplo, se podría formular la hipótesis siguiente: durante un cierto período de tiempo (que puede durar varios siglos), un país puede encontrarse en situación de enfrentarse a los problemas que encuentra, gracias a la acción complementaria de su administración y de la organización de su mercado (la circulación de bienes económicos). Pero, a causa de los cambios históricos, este equilibrio provisional se va a romper de tal forma que las dos instancias presentes van a ser incapaces de enfrentarse a las nuevas dificultades de forma satisfactoria. Surgen entonces nuevas iniciativas que dan lugar al establecimiento de estructuras más flexibles y por consiguiente más capaces de responder a la situación: es lo que

podría llamarse el nacimiento del “sector terciario”. ¿No podría entenderse así, la fundación del Instituto de los H.E.C.? En el mundo contemporáneo, también podría situarse ahí a las Organizaciones No Gubernamentales, siguiendo la misma lógica. Precisamente, su multiplicidad, ¿no sería el signo de que las estructuras tradicionales de gobierno e intercambio económico, ya no responden a la situación?

Si continuamos con esta hipótesis, todo esto querría decir que el Instituto debería reevaluar periódicamente la pertinencia de sus instituciones en función de esas grandes evoluciones. Nacido en una lógica de “sector terciario”, se ha inscrito como consecuencia, en las redes administrativas de la educación del país en el que se ha implantado (a veces, los Hermanos se han transformado en funcionarios). ¿No deberían reencontrarse periódicamente con el dinamismo de los comienzos (lo que se podría llamar con otro lenguaje, su carácter profético)? ¿No habría que interrogarse sobre el peligro de “funcionarizarse” cuando uno trabaja en un sistema escolar del que se responsabiliza el Estado?

4. Adultos en busca de identidad

Las observaciones precedentes conciernen a fenómenos colectivos, sean políticos, económicos o culturales. Igualmente, la búsqueda de identidad tiene una dimensión social, pero concierne directamente a las personas y particularmente, la forma en la que se construyen. Dos aspectos de este tema se pueden subrayar de forma especial.

a) El individuo incierto

En nuestra evocación, tenemos que subrayar en primer lugar el continuo proceso creciente de individuación. Esto no es en ningún modo reciente: se suele hacer remontar este fenómeno a los comienzos de la época moderna. ¿En qué consiste? En el surgir progresivo de un «yo sin nosotros». Mientras que en las sociedades tradicionales cada ser humano se comprende en primer lugar como inscrito en un conjunto social, el individuo moderno se percibe en primer lugar como un ser singular. Lo que era en principio atributo de cierta elite se ha extendido poco a poco a las otras capas de las sociedades occidentales y esta conciencia viva de la individualidad se ha transformado en una segunda naturaleza para muchos; sólo se dan cuenta de la singularidad cuando encuentran culturas que están todavía impregnadas de una visión totalizadora de la sociedad¹.

Esta tendencia a la individuación va aumentando con el tiempo. Pero esto se paga con una mayor precariedad psicológica, las “envolturas” que protegían al individuo tradicional desaparecen progresivamente. De ahí proviene cierta fragilidad que se observa cada vez más de diferentes formas. Por ejemplo, numerosos contemporáneos se perciben como individuos aislados psíquicamente: los sistemas globalizantes (ideologías, religiones) se han debilitado, cada cual debe enfrentarse por sí mismo a las grandes cuestiones de la vida y se encuentra cada vez más abandonado a su propia responsabilidad. De ahí ciertos comportamientos que demuestran que esta responsabilidad es a veces difícil de soportar (uso de medicamentos de apoyo: somníferos, tranquilizantes, antidepresivos; huida hacia la droga; búsqueda de fuertes

¹No hay que confundir movimiento de individuación (proceso socio-histórico) e individualismo (comportamiento que depende de un juicio moral).

lazos en ciertas asociaciones sectarias...). Otras tantas maneras de proclamar su angustia ante la propia existencia.

b) Identidades abiertas

El tema de identidad aparece en muchas publicaciones, indicio de lo que se llama a menudo crisis de identidad. Esta crisis concierne tanto a la familia como al mundo o a las grandes instituciones sociales: lo que estructuraba la identidad personal se encuentra en plena conmoción.

En efecto, la identidad no se forma en un diálogo íntimo consigo mismo, sino que se teje en el conjunto de nuestras relaciones sociales, que éstas sean directas (como en la familia o en las relaciones de vecindad) o indirectas (como en la escuela o en el ejercicio de una profesión). Más aún, sabemos cómo las diversas funciones sociales contribuyen a construir la identidad de las personas (sea las funciones familiares, profesionales o sociales). Si esos elementos se vuelven fluctuantes las identidades sufrirán las consecuencias.

c) Algunas implicaciones

En ese contexto, las cuestiones concernientes a la identidad pueden resultar bastante radicales. Indicaremos dos: ¿puede hablarse todavía de continuidad y de coherencia de historias personales o están éstas completamente dispersas?, ¿existe un núcleo de la personalidad o es sólo una ilusión? Dicho de otra forma, ¿pueden nuestras experiencias llegar a una cierta unificación o están éstas resquebrajadas?

En primer lugar, es difícil ya comprender nuestra identidad como una realidad estática. Al aumentar la esperanza de vida, la movilidad de numerosas existencias, los múltiples e incesantes cambios sociales, todos estos factores suponen numerosas transformaciones existenciales en el transcurso de una historia personal. Actualmente, nuestra identidad es una realidad que se transforma, se desarrolla en el tiempo: la construimos a lo largo de nuestras vidas. Se comprende que esto plantea de una forma nueva la cuestión de la fidelidad. Es difícil vivir cuando la intensidad del instante se vuelve más importante que la inscripción en el tiempo; parece ser un ideal inaccesible y aún inimaginable cuando el horizonte se cierra a causa de las preocupaciones inmediatas. En todo caso, ya no puede entenderse como el mantenimiento rígido de posturas adoptadas de una vez para siempre, mientras que todo se mueve en nuestro entorno. Se trata de aprender a mantener la dirección y, gracias al “giroscopio” interior (Reisman), saber conservar el equilibrio entre el objetivo que nos hemos fijado y las sacudidas de la vida. Pero fijarse un objetivo es problemático cuando se desea permanecer abierto a las diversas posibilidades antes que escoger una orientación.

En segundo lugar, sería psicológicamente absurdo reducir nuestra existencia a una sucesión discontinua de acontecimientos que fuéramos incapaces de relacionar unos con otros. Si fuera el caso, no tendríamos conciencia de esa discontinuidad. Además, no es así como vivimos: hemos recibido un nombre que nos designa siempre del mismo modo; las diferentes administraciones nos asignan categorías duraderas y somos jurídicamente responsables de nuestros actos. Dicho de otro modo, la sociedad espera de nosotros que tengamos una identidad estable, o en todo caso, accesible. Pero es verdad que todos los elementos de nuestra identidad no tienen la misma implantación: esto va desde lo más consistente, con nuestras características administrativas, hasta lo más plástico, cuando se llega a las dimensiones más

íntimas, pasando por la solidez relativa de la identidad profesional y el carácter bastante flexible de nuestras identidades culturales.

En tercer lugar, la identidad es cada vez más el fruto de un trabajo sobre sí mismo; se ha transformado en un proyecto reflexivo, como da testimonio la gran cantidad de libros de psicología personal y las ofertas terapéuticas que se orientan a mejorar la administración de sí mismo. Para algunos, ese trabajo sobre sí mismo es laborioso porque los elementos que hay que tener en cuenta en la construcción de la trama narrativa son complejos y heterogéneos (pensemos en ciertas historias familiares complicadas o en las perplejidades de identidad de numerosos emigrantes). Sea lo que sea y más globalmente, es responsabilidad de cada uno dar forma a su propia identidad, puesto que los grandes conjuntos sociales viven un proceso de recomposición. Cada cual, pues, debe construir su propia identidad puesto que ya no nos es asignada como en otro tiempo.

Finalmente, nuestra identidad es cultural de parte a parte: para expresarla utilizamos las palabras de nuestra lengua; nos identificamos con modelos familiares, profesionales, religiosos tomados en nuestro universo; tanto nuestras seguridades como nuestras perplejidades con respecto a nuestra identidad provienen del mundo en el que estamos sumergidos. A estas observaciones globales, hay que añadir que nuestra identidad está igualmente marcada por la coexistencia de culturas (cf. las observaciones precedentes a propósito de la mezcla de culturas): esto significa que nuestra identidad está forjada a base de préstamos tomados de varias fuentes.

5. Una búsqueda espiritual intensa

Mientras numerosos sociólogos anunciaban que nos encaminábamos hacia sociedades cada vez más secularizadas, he aquí que corrientes de espiritualidad poderosas se manifiestan: toman formas tan variadas como, la exuberancia de los “pentecostales”, los diversos sincretismos afro-americanos, las búsquedas agrupadas bajo la apelación del “New Age”, el islamismo conquistador o el renovado interés que algunos buscan en las religiones tradicionales, particularmente en el chamanismo. Lo espiritual, a menudo desligado de los lazos con las instituciones religiosas, tiene el viento a favor.

Esas corrientes están cada vez menos confinadas en un área geográfica determinada y atraviesan los continentes. Aunque de muy diversa calidad, son a veces signo de un gran desasosiego y manifiestan una búsqueda de puntos de referencia. Sorprenden a las Iglesias en sus estrategias de evangelización, pero pueden interesar también a una porción no despreciable de los mismos fieles.

6. Nuevos dinamismos eclesiales

Sería presuntuoso pretender evocar las características importantes de la evolución que atraviesa la Iglesia católica, puesto que cada vez más, cada continente tiene sus propias peculiaridades (la época del catolicismo monolítico ya se terminó), sin olvidar que la presencia de cristianos en el mundo se está reequilibrando a favor del hemisferio sur.

Entre todos los aspectos de la evolución en curso, insistamos simplemente por sus implicaciones en esta investigación, en el redescubrimiento efectuado por el concilio Vaticano

II -y descrito en la Constitución sobre la Iglesia- de la condición común de los cristianos, y esto en dos direcciones: por una parte, el concilio afirma que la pertenencia al pueblo de Dios es más fundamental que la distinción de funciones (por esta razón el capítulo sobre el pueblo de Dios precede y envuelve a los que conciernen a la jerarquía y a los seglares); por otra parte, reafirma que la llamada a la santidad no está reservada a algunos especialistas (por esta razón el capítulo sobre la vocación universal a la santidad precede el que concierne a los religiosos). Siguiendo esta idea se ha podido hablar de una Iglesia-comunión (aunque esta expresión no se haya utilizado tal cual en el concilio).

Este doble redescubrimiento ha tenido enormes consecuencias para la vida eclesial en el transcurso de los cuarenta últimos años. Ha modificado profundamente la vida de las comunidades cristianas creando una sinergia de carismas. Sin ella, los Hermanos no podrían situarse como lo hacen en la sociedad y en la Iglesia; ni los seglares podrían aspirar a compartir el carisma lasaliano y su espiritualidad, como lo vemos un poco en todos los sitios.

7. ¿Qué signos para la familia lasaliana?

Después de haber evocado algunos cambios importantes de nuestra época (podrían haber sido evocados otros) ¿qué consecuencias podemos sacar para la familia lasaliana?

a) Nuestro carácter internacional

Si lo miramos desde el punto de vista de la mundialización, el Instituto podría preguntarse si sabe sacar suficiente partido de su realidad internacional. Podríamos sin duda aprender mucho de la forma en la que ciertos Distritos responden a los desafíos del mundo actual en el ámbito de la misión. Por lo que respecta a la asociación con los seglares, estamos en fase experimental. El intercambio de experiencias -sea directo o indirecto- puede ser un buen estímulo: lo que parece inimaginable aquí se hace en otros sitios; lo que se ha vivido en tal zona del Instituto puede llamar la atención para establecer futuros caminos o, por el contrario, señalar dificultades o atolladeros.

Así mismo, si aprovechara más su experiencia internacional para analizar la pertinencia de sus instituciones, quizá esto le diera más audacia para imaginar nuevas posibilidades (cf. las observaciones sobre el sector terciario).

b) La inculturación

En la forma de vivir el carisma lasaliano, ¿cómo tenemos en cuenta las diferentes culturas de las regiones en las que estamos implantados? La cuestión se puede plantear en lo que respecta al estilo de vida de los Hermanos, la forma de vivir la misión o de interpretar la tradición lasaliana. Sin duda la cuestión es delicada (como lo demuestra la prudencia de la Iglesia en este aspecto), pero puede ser vital si no se trata únicamente de exportar la cultura occidental al resto del mundo. Hemos de añadir que el interés puesto por creyentes de otras religiones en ciertos aspectos de la espiritualidad educativa lasaliana amplía de forma considerable la forma de plantear las preguntas: esto cambia incluso la forma de comprender los contornos de la identidad lasaliana. Y tiene también consecuencias en la manera de vivir las nuevas formas de asociación, que pueden cambiar según las regiones del mundo.

Otra forma de hablar de la inculturación es preguntarse cómo los seglares pueden formular el carisma lasaliano a partir de su propia situación, sin olvidar el lugar que las mujeres ocupan en la familia lasaliana, lo que podría implicar un asimilación diferente del carisma hasta este momento conducido exclusivamente por hombres célibes. Dicho de otro modo, después de una fase indispensable de introducción de los seglares en la tradición lasaliana, debe llegar una fase en la que ellos sean los autores de una expresión nueva de esta tradición. No deben ser situados pues en posición de simples repetidores. Eso puede ser tanto más importante cuanto que la espiritualidad lasaliana está centrada, en buena parte, en la manera de vivir el oficio de educador y puede considerarse según este punto de vista como una espiritualidad para el seglar. El alcance eclesial de estas consideraciones no es insignificante.

c) La función de acompañamiento

Si tenemos en cuenta el carácter evolutivo y a veces frágil de la construcción de las identidades, ¿no deberíamos dar un lugar más importante al acompañamiento de las personas (y no solamente de los grupos)?

La identidad lasaliana tiene una dimensión comunitaria indiscutible, pero no deberíamos desestimar la dimensión personal. En el ámbito del acompañamiento, no tenemos una tradición muy asentada, especialmente con los adultos. La formación que proponemos habitualmente es totalmente indispensable, pero no puede desempeñar todas las funciones. ¿No deberíamos examinar lo que podría representar un acompañamiento personal en el espíritu de nuestra tradición y prepararnos a ponerlo en práctica?

d) Una nueva oportunidad para la idea de asociación

La asociación es una realidad central en la tradición lasaliana. Podría encontrar una oportunidad renovada en el contexto actual en el que se duda entre el repliegue individualista y el repliegue de la identidad. Puede ser también una respuesta al deseo de pertenencia que se manifiesta actualmente en numerosas personas. ¿No sería interesante manifestar la pertinencia de la asociación, mostrando especialmente, cómo ésta representa el fruto de una construcción común: vivir la asociación nos sitúa como actores y colaboradores; la identidad lasaliana es el fruto de un proceso comunitario orientado hacia un proyecto. Esto puede ser origen de una dinámica estimulante para todos.

PARA CONTINUAR Y COMPARTIR LA REFLEXIÓN

1. ¿En qué medida la descripción que se ha hecho de la evolución de nuestro mundo se ajusta a las realidades actuales de nuestra Región o país? ¿En qué puntos insistiríamos más especialmente para tener en cuenta lo que marca nuestra propia cultura?
2. ¿Qué elementos faltan, teniendo en cuenta la realidad de nuestra situación?
3. Retomando los diferentes puntos aisladamente (los que están presentes en el texto y los que podríamos añadir), ¿qué implicaciones suponen para la asociación? En particular, ¿qué sugiere la aproximación entre la búsqueda de identidad de nuestros contemporáneos, su búsqueda de espiritualidad y la idea de asociación? ¿A qué nos deben hacer prestar atención?

Pedro Gil, fsc

Al pensar en la misión nos encontramos con una tarea especialmente delicada. Se debe al momento histórico en que vivimos.

Si nos preocupamos por la misión no es a causa de que seamos pocos o muchos, en obras nuevas o conocidas, en un país o en muchos países. El reto de la misión no es de orden técnico, material. Tiene mucho mayor alcance. No se refiere a nuestro trabajo en sí mismo sino a su sentido. Nuestro problema no es cómo trabajar, sino en qué ha de consistir nuestro trabajo.

Por eso responder a este reto exige que busquemos por las raíces de nuestra identidad.

Y es magnífico encontrar que la renovación de la misión nos lleva de la mano al tema de la Asociación.

1. El proyecto lasaliano y el cambio de época

Podemos distinguir varios retos en el mundo de la educación.

El primero de todos tiene relación con **los pobres**. Los pobres, en efecto, no tienen acceso a los mismos recursos educativos que los demás. Hoy como siempre, desde luego, pero esto se ha agudizado con las dinámicas de la globalización, que están haciendo crecer la distancia entre los pudientes y los marginados. Además –y es lo más importante- los pobres son víctimas de un modelo educativo y cultural concebido normalmente para la explotación del mundo y de los pueblos.

Está también el reto de **la desintegración del Estado**. También por efecto de la globalización, todos los pueblos del mundo ven hoy cómo van desapareciendo, agotadas, las formas conocidas de atención social. Las fuerzas de la globalización necesitan que las sociedades estén libres de toda traba ante sus intereses, de modo que proponen siempre desmantelar todas las formas conocidas de administración local.

La globalización supone también el cambio de todas **las formas culturales**. Al incrementarse los intercambios han ido apareciendo nuevos criterios de valor, nuevos cánones estéticos y formas de pensar propias. A la vez las relaciones humanas están marcadas por los nuevos medios de comunicación, que así pasan de instrumento a condición de la nueva cultura. Esto supone un desconcierto general que produce gran dificultad para que las nuevas formas sociales descubran la función de la religión en los nuevos modelos de vida.

Finalmente **la misma herencia lasaliana**, al verse sometida a semejante giro histórico, se convierte en un reto. La herencia que recibimos no es fácil de asumir en las nuevas condiciones del mundo, de modo que corre el riesgo de ser mal comprendida o sencillamente olvidada a medida que nos vamos alejando del mundo en que nació.

¿Qué nos dice todo esto? ¿Qué significa?

En la fuente de todos los retos

Se puede decir mucho más, evidentemente, pero estos cuatro rasgos bastan para que evoquemos el reto que como lasalianos recibimos de aquello a lo que siempre nos hemos dedicado y que llamamos ‘nuestra misión’.

Pero sin falta de añadir más, ya estos cuatro rasgos consiguen mostrar cómo el mundo de nuestra misión contiene para nosotros mucho más que nuevas dificultades. Cuando hablamos de ‘reto’ estamos diciendo que bajo todas esas dificultades hay un signo, un gesto del Señor que nos sacude.

Bajo el ‘reto de la misión’ hay mucho más que una invitación al ingenio. Su conjunto nos hace sentirnos inseguros, como si ante nuestros ojos se desmoronara todo lo conocido y estuviera emergiendo un modelo desconocido. Por eso decimos que el reto de la misión es mucho más que una llamada a la generosidad.

En realidad lo que descubrimos en el mundo de la educación es un reflejo del gran signo de nuestros días: **la crisis de todos los modelos de relación**, el surgimiento de necesidades y formas nuevas para la convivencia. Como en los grandes momentos de la historia, los pueblos buscan hoy una garantía para lo que está naciendo, algo que asegure su carácter humano y dé sentido a los caminos de la globalización.

De los proyectos educativos esperarán el anticipo de la humanidad a la que preparan.

2. Nuestro proyecto ideal

Ante los distintos retos que ha de afrontar hoy, la Comunidad de las Escuelas Cristianas se vuelve hacia dentro de sí misma buscando una referencia sólida de lo que pretende ser. Se siente en un mundo nuevo y mira a su interior preguntándose por su identidad o el sentido de su presencia entre las instituciones de las nuevas sociedades. Así lo hemos visto en el camino de los Capítulos Generales desde 1946.

En los últimos cincuenta años, obedeciendo a una necesidad imperiosa de comprenderse a sí misma, nuestra institución ha estudiado como nunca sus orígenes y su historia. Se diría que su preocupación se adelantaba a lo que iba a ocurrir y era el mejor síntoma de que los tiempos estaban cambiando. De ese esfuerzo ha ido emergiendo, entre otras, la evidencia de que **el contenido de la primera fundación fue la Comunidad de las Escuelas Cristianas**. No otra cosa.

A lo largo de este tiempo hemos ido viendo cómo nuestro ideal o nuestro gran objetivo era precisamente ofrecernos a nuestro pueblo como un proyecto común, una ‘escuela’ que se vivía juntos, un estilo y una oferta compartidos.

Aunque a veces lo olvidamos, viviendo como vivimos en medio de urgencias y diversificaciones, sabemos que en los días de la fundación no se limitaron a establecer escuelas cristianas sino comunidades que las animaran. Lo sabemos porque de lo contrario no habría tenido sentido establecer un cuerpo de educadores como el que establecieron. Por eso sabemos también que el valor heredado, el que ha mantenido nuestra institución a lo largo de estos tres siglos de modernidad, ha sido nuestra comunidad educativa. Nuestra herencia, pues,

es nuestro compartir un mismo proyecto de vida al servicio de la educación preferente de los pobres.

Nuestra herencia, es decir, nuestra identidad y nuestro valor social, consiste en ofrecer a nuestro pueblo el Signo de Esperanza supuesto por proyectos educativos a cuyo servicio vive un grupo de personas. Nuestra comunidad ha sido siempre la garantía de nuestro trabajo: aseguraba su estabilidad y su sentido.

Nuestra herencia consiste en la capacidad de vivir juntos un mismo proyecto de modo que son una misma nuestra fidelidad a los destinatarios de nuestro trabajo profesional y nuestra fidelidad a aquellos con quienes lo vivimos.

Una capacidad específica ante los nuevos tiempos

De ese modo, ante los retos que la educación recibe de un mundo en cambio, nosotros contamos con el valor de la Escuela vivida como Comunidad. Hoy en día, evidentemente, ‘escuela’ no significa lo mismo que en la Francia de 1850 por ejemplo. En cambio, sea cual sea la configuración del proyecto educativo de los nuevos tiempos, su configuración como comunidad sigue significando lo mismo. Y ése es nuestro valor ante los nuevos retos de nuestra misión.

A lo largo de los últimos cincuenta años, sin embargo, las dinámicas de la globalización y la crisis de las instituciones sociales han supuesto para nosotros cierta pérdida de visión y olvido de todo esto. En este tiempo hemos desarrollado sobre todo nuestra capacidad organizativa y nuestros proyectos se han hecho complejos como nunca. Además, a causa de la disminución del número de Hermanos, los nuevos miembros de los proyectos lasalianos eran invitados más a poner su trabajo que sus personas. Esto ha hecho que la dimensión ‘comunidad’, nuestra herencia, quedara un tanto desdibujada.

Paralelamente, sin embargo, hemos visto cómo surgía por todas partes la llamada de algo más, como si no bastara el compromiso con el trabajo y se necesitara el compromiso con las personas. Su último rostro se llama ‘asociación’.

No es difícil interpretar este doble movimiento como el reto más profundo de la herencia lasaliana ante los nuevos tiempos. Entre los dos nos ayudan a evocar y responder a la gran cuestión de qué queremos ser.

Así, ante los nuevos tiempos nosotros sabemos que nuestras instituciones son mayores que la suma de sus miembros. Sabemos que, por encima de nuestros títulos y nuestros recuerdos, formamos parte de una identidad colectiva capaz de suscitar la esperanza entre los pobres.

Esa identidad es para nosotros mucho más que un refugio o una fortaleza. Es la evidencia de que el mundo es mucho más que organización. **Si en medio de las dinámicas de la globalización existen instituciones como la nuestra, el futuro todavía sigue siendo posible.** Los pobres lo saben.

3. Para que la misión sea posible

Cuando consideramos a la vez los retos del mundo de la educación y el valor de nuestra herencia, encontramos enseguida **las grandes metas de nuestra dinámica institucional**.

Somos una red de proyectos, una asociación de pertenencias locales, un organismo complejo que ha de proponerse objetivos para alcanzar la visión que tiene de sí mismo. Así, nuestra percepción de este momento histórico y a la vez de nuestra identidad de tres siglos nos plantea grandes campos de acción. En ellos se va realizando nuestra misión.

Ante todo, hoy como hace tres siglos, nuestra misión ha de concretarse en conseguir una **relación coherente entre nuestros proyectos educativos y las necesidades de las nuevas sociedades**.

Hoy como hace tres siglos, para que nuestros proyectos educativos sean Signo de Esperanza ante los nuevos tiempos, necesitamos que en su interior vayan animados por un esfuerzo inteligente y constante por comprender lo que pasa y darle respuesta. Para que la nueva comunidad de las Escuelas Cristianas pueda mostrarse a la altura de su vocación, necesita revisar lo que considera proyecto educativo válido y renovarlo con inteligencia ante las nuevas necesidades del desarrollo de los pueblos.

Conseguir esta coherencia supone en ocasiones diseñar programas que parecen demasiado alejados de nuestra tradición. Como ocurre en toda dinámica social, no todas sus fórmulas pasan a consolidarse, porque tienen más de oportunidad o de fantasía que de solidez. Pero la lógica de la vida impone que sin aceptar inicialmente la posibilidad de la divergencia, ninguna institución llega a responder a la novedad social.

Esto no puede hacerse sin **un modelo institucional adecuado**.

Así fue ya hace tres siglos. No podemos, en efecto, olvidar que en los días de la primera fundación no existían ni el Ministerio de Educación ni los sistemas garantizados de sostenimiento económico que hasta hoy han dirigido el mundo de la educación. Por eso la primera comunidad debió inventarlo todo: horario, programas, formación, organización en red, sistemas de pensamiento, metodología, etc. Y lo hizo antes de que en Occidente la Administración pensara que la educación era asunto suyo.

También como hace tres siglos, nuestra misión exige que nos propongamos la meta de constituir **las nuevas comunidades capaces de hacer todo esto**.

Tal vez sea la más urgente de las metas que el mundo lasaliano ha de proponerse hoy para vivir su misión. En respuesta a las nuevas condiciones de la historia y de la iglesia, los herederos de la tradición lasaliana necesitan encontrar nuevas formas para vivir y expresar su vinculación a los nuevos proyectos educativos. Necesitan comprender que todos sus miembros son potenciales destinatarios de la misma llamada de Dios y que por ello pueden alimentar sus vidas desde la hondura de su ministerio educador.

Descubrir a diario el rostro de la misión

La universalidad de nuestro proyecto nos está enseñando la diversidad del modelo posible. Nos ayuda a caer en la cuenta de que escuela o educar no son realidades idénticas en todas las

culturas y en todas las sociedades. Pero sobre todo nos muestra que ninguno de nuestros proyectos puede considerarse hoy exento de la necesidad de redefinirse, por muy convencional que parezca.

La crisis del modelo de administración social supuesta por la globalización nos hace ver que bajo la diversidad de nuestros proyectos hay algo mucho más importante: la necesidad de inventar, recrear diariamente, la idea de escuela. Es en ese contexto donde cobra un verdadero valor nuestra herencia.

La obra de la Comunidad de las Escuelas Cristianas, como otras nacidas de tradiciones familiares semejantes, ofrece al mundo un específico valor añadido: su experiencia de la pertenencia, de lo común, de la fecundidad compartida. Hoy como siempre, esa experiencia institucional es la garantía de que las tres metas señaladas pueden alcanzarse y dar rostro a la misión.

4. Prioridades estratégicas

Las distintas metas que podemos proponernos en nuestro camino no pueden alcanzarse sin orientaciones o prioridades estratégicas. La tradición lasaliana lo ha sabido siempre y siempre ha buscado orientaciones, subrayados, **valores, que fueran ayudando**.

Si pretendemos que nuestro Señor y nuestro pueblo esperen de nuestros proyectos educativos Signos de Esperanza ante el mundo que viene, hemos de proponernos actitudes y procedimientos adecuados. No podemos, en efecto, alcanzar diseños institucionales coherentes a la vez con las nuevas necesidades del mundo y con el valor de nuestra herencia si no articulamos nuestros programas en torno a determinados criterios.

Pues bien, hoy, al igual que hace tres siglos, nuestra comunidad necesita vivir animada por **la fe**, es decir, por la atención responsable al sentido de los signos de los tiempos. Así entendidas, la fe o el espíritu de fe nos muestran que el criterio fundamental en todo tiempo de cambio histórico es **la fidelidad**. Es nuestra gran prioridad.

En tiempos de cambio histórico, como ocurrió en los de la primera fundación, lo que hace de una institución algo valioso no es primero su capacidad de trabajo y de organización sino su fidelidad inteligente y responsable respecto de sus destinatarios.

Los tiempos de cambio por definición conocen mejor lo que ya no se ve que lo nuevo y conveniente. Por eso buscan, experimentan, critican, verifican. Después, poco a poco, las aguas se van serenando y de nuevo muestra un curso claro que coincide o no con el anterior. Por eso en tiempos de cambio no nos llamamos a la prisa sino a la fidelidad.

Cultivar este valor supone que en el interior de nuestros proyectos educativos esté muy viva **la conciencia de que necesitamos ser Signos de Esperanza para los pobres**. Esta conciencia significa vivir animados por la responsabilidad ante las nuevas condiciones de la vida, de modo que nos preocupe más la verdad de nuestra propuesta que sus resultados inmediatos o su rentabilidad social.

Inventar y compartir la responsabilidad

Este sentido de la responsabilidad no permite ahorrar esfuerzos: una y otra vez los orienta hacia resultados de valor contrastado. Hace que nuestros proyectos sean de verdad creativos y libres y hace que en su interior todos sus miembros tengan una palabra propia.

Porque la fidelidad es creativa.

La fidelidad une y diversifica, uniforma y distingue a la vez. Impone que cada persona sea una realidad propia, necesitada de una respuesta específica y capaz de un proyecto original. Cuando se vive en un proyecto educativo animado por la fidelidad, cada persona aporta su específica manera de necesitar y de ofrecer. Al hacerlo, todas se asemejan y todas se distinguen. Nadie se limita a reproducir. Es la riqueza de la Comunidad, lo que la hace capaz de responder a los retos de las nuevas sociedades.

En las nuevas Comunidades lasalianas, en concreto, el valor de **la fidelidad hace que encuentren su lugar el religioso y el seglar, el cristiano y el hombre de buena voluntad**. Todos ellos comparten el mismo cuidado de animar su proyecto educativo desde su modo de vivir la fidelidad. Por su modo de vivir, unos subrayarán la eficacia, la fecundidad, la aceptación; otros, el misterio, la espera, la disponibilidad.

Todos lo hacen animados por la conciencia de su responsabilidad en este momento histórico. Así participan diariamente en la reinención del Signo de la Comunidad Educativa.

PARA CONTINUAR Y COMPARTIR LA REFLEXIÓN

A partir de los cuatro pasos propuestos, considerar la realidad del proyecto educativo local, en el que el grupo está implicado y plantearse estas cuestiones:

1. Cuáles son los retos más importantes que nos plantean los destinatarios de nuestra misión (sea cual sea la respuesta que les estemos dando).
2. Qué relación hay entre nuestro trabajo y nuestro grupo, es decir, qué hay en nosotros de organización educativa y qué de comunidad educativa.
3. Cuáles son las prioridades estratégicas que realmente están conduciendo nuestro compromiso con nuestro proyecto.
4. Qué nos dice todo esto ante el tema de la Asociación.

Bruno Alpago, fsc

En un sentido amplio, la asociación lasallana abraza a muchísimas personas embarcadas en la educación de la juventud. Dentro de ese conjunto, hay quienes le dedican su vida por entero; muchas otras, aunque empleen en esas tareas sólo una parte de su tiempo, lo hacen con perspectivas que no se limitan a un trabajo para ganar su sustento o para alcanzar algún nivel de satisfacción profesional. ¿Qué es lo que las mueve e inspira? ¿Qué puede significar eso para sus vidas y para las de sus educandos? ¿Hasta dónde pueden llegar en su dedicación? ¿Qué valor puede tener eso para el mundo?

Los párrafos anteriores muestran que, para los educadores que hacen propia la inspiración lasallana, la actividad que desempeñan no se identifica con la sola realización de un trabajo individual o colectivo. En las tareas que componen el quehacer educativo reconocen, como sentido y como fin, dar respuesta a una llamada, dar cumplimiento a un envío, corresponder a una confianza depositada en ellos. Se trata de una **misión** encomendada a un **cuerpo social** que responde a ella ejerciendo una **profesión**.

La Comunidad fundacional, agrupada en torno a Juan Bautista de La Salle, expresaba esta conciencia desde el comienzo de su *Regla*: “El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas es una Sociedad en la cual se hace profesión de dar escuela gratuitamente”; “el fin de este Instituto es dar una educación cristiana a los niños, y con este objeto dan escuela sus miembros” (*Regla* de 1718, cap. 1, art. 1 y 3; mismos términos ya en la *Regla* de 1705).

Una primera mirada invitaría a ver señaladas en estas palabras la misión (“dar una educación cristiana a los niños”), el cuerpo (“Sociedad”, “Instituto”), la profesión (“dar escuela”, hacerlo “gratuitamente”). Otras frases del mismo texto aportan precisiones de importancia; los “niños” en cuestión son los “hijos de los artesanos y de los pobres”, muy generalmente abandonados a una situación sin esperanzas; la liberación de esta cautividad fatalista, la apertura a la posibilidad de una vida humana digna, es la *Buena Noticia* –el “evangelio”– que esta asociación de pedagogos se dedica a llevar al mundo de los pobres y, a través de él, al mundo, simplemente: ése es el contenido de aquella “educación cristiana” (*Regla* de 1718, cap. 1, art. 4-6; ver también *MR* 194,1).

1. La experiencia de una llamada...

Aunque la comunidad lasallana nació en tiempo y ambiente de cristiandad, la historia prueba que su inspiración sigue ejerciendo atracción sobre muy distintos educadores, aun cuando tengan posiciones diferentes ante la fe religiosa. Reconocen ellos que los principios y el estilo lasallanos de vivir la dedicación a la educación responden a preguntas y deseos profundos y vitales.

Normalmente, los educadores pueden llegar a captar que, al ejercer como tales, están respondiendo a un “designio” que los antecede, los orienta, los impulsa y los trasciende.

Captan que hay allí como una llamada personal y urgente hacia algo que es sumamente importante, no sólo *en sí*, sino *para ellos*. Perciben, finalmente, que todo eso es decisivo no sólo para lo que hacen, sino para lo que son; en otras palabras, que lo que está en juego no es sólo su *oficio*, sino aun su *identidad*.

En este hacer y ser, es asimismo normal que los educadores (personas y grupos) sientan que comparten con muchos otros hombres y mujeres un impulso en favor del bien de la humanidad, del progreso en humanidad. Apuntando a ese objetivo, no es raro que, individual y agrupadamente, pongan sus ojos en aquellos que, en un ámbito dado o en general, son los más débiles, desfavorecidos, postergados, desheredados, excluidos, y se solidaricen con ellos.

Esta experiencia puede ahondarse en dos direcciones. Una podría llamarse la dirección de la identidad: ejerciendo la educación en fidelidad a un “designio”, descubren allí un sentido que, trascendiendo todo valor relativo o parcial, se ubica en lo más elevado del ser humano y que, desde esa posición suprema, puede no sólo exigir competencia profesional y honestidad moral, sino aun polarizar toda la existencia en una entrega exclusiva y total.. La otra podría llamarse la dirección de la asociación: la fidelidad al “designio” se educa, se potencia y se plenifica –y en general se suscita- en el interior de una comunidad humana a la cual se pertenece.

En la realidad, ambas direcciones se reclaman mutuamente. En particular, la dimensión comunitaria no es un agregado menor. Por una parte, todo proceso educativo, en cuanto proceso de crecimiento en humanidad, apunta a posibilitar y a perfeccionar la convivencia humana. Por otra, cada comunidad de educadores y educandos se constituye en signo y anticipo de la finalidad a que apunta el proceso educativo; es esa misma comunidad la que garantiza la eficacia del proceso (eficacia relativa, al tratarse de procesos de personas libres). Por último, cualquier persona que descubre tener una misión en la educación se siente impulsada a compartir con otras su respuesta al llamado. En suma, si la comunidad es el fin de la misión educativa, ella es también su ámbito propio y su primer recurso, además de ser su origen.

Por su misma índole, toda forma de asociación lasallana busca ser un ámbito de escucha atenta a las necesidades de la juventud pobre –y, desde allí, de la juventud en general- y de discernimiento de su llamada; sus miembros se educan mutuamente a leer e interpretar la realidad humana desde el lugar de los pobres.

... que puede vivirse como llamada de Dios

Quienes creen en Dios, y precisamente en un Dios comprometido con la historia humana, aceptan que Él es el origen de esa llamada y el término último de la respuesta que le dan. Para muchos de ellos es esclarecedor y estimulante saber que esta llamada-respuesta puede recibir con propiedad el nombre de **consagración**.

En ésta, como en toda otra forma de consagración, lo primero es la iniciativa de Dios. Con serena certeza afirma La Salle: “Es Dios quien ha iluminado los corazones de aquellos que destinó para anunciar su palabra a los niños”, “Él les ha dado este ministerio” (MR 193,1). En esta perspectiva, la educación de los jóvenes es “obra de Dios” (MR 193,3; 201,1; etc.). Dios tiene sumo interés en esta obra porque lo que está en juego es la realización o la frustración de

la vida humana; su interés llega hasta la entrega de su propio Hijo Jesucristo para que los hombres “tengan vida y la tengan en mayor abundancia” (cf *MR* 201,3, citando a *Jn* 10,10). Dedicarse a la educación es, entonces, aceptar la llamada de Dios, reconocer su iniciativa y ofrecerse a Él para colaborar en su proyecto.

Toda asociación lasallana, si en ella la dimensión religiosa es significativa, ayuda a sus miembros a encarar y vivir su profesión de educadores con estas características de una consagración. Para eso, cultiva en ellos la fe, que les permite reconocer en su vocación educadora una deferencia del amor soberano de Dios que los llama, los destina y los envía a trabajar en “su viña”; la misma fe les hace ver que, en las necesidades de los pobres y de los jóvenes en general, está en juego el proyecto amoroso de Dios que “quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad” (*1Tm* 2,4). Por eso, finalmente, celebra en acción de gracias la conciencia del llamado, ratifica el ofrecimiento y suplica humildemente la gracia de la fidelidad al Dios fiel.

2. La experiencia de una respuesta...

Experimentando el amor que mueve y da sentido a sus vidas, los educadores se entregan a hacer entrar en él a los jóvenes, sobre todo a aquellos que tienen menos experiencia y menos noticia de ese amor que es su salvación.

Su dedicación se caracteriza por un entusiasmo que, en la tradición lasallana, recibe el nombre de **celo**.

Este don entusiasta de sí mismos, tiende a serlo por entero. Total en la duración: cada día, todo el día y todos los días, los educadores renuevan su entrega a los jóvenes. Total en la intensidad: los educadores ofrecen todo lo que les es posible, todo lo que el amor les exija. Su completo desinterés supone no sólo la gratuidad del servicio, sino también la renuncia a toda búsqueda de sí mismos; ni siquiera se detienen ante la perspectiva de dar la vida por amor a los jóvenes en el ejercicio de su ministerio.

Este ideal raramente se alcanza; y para muchos es imposible proponérselo en toda su radicalidad. Pero no carece de sentido, en cuanto señala hacia dónde apunta un itinerario de inspiración lasallana.

Una entrega así es plena y plenificante. De ello da testimonio el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, cuyos miembros la abrazan con exclusividad. En particular, y mirado desde este punto de vista, el hecho de que el Instituto haya querido y logrado mantener a todo lo largo de su historia –a pesar de presiones de fuera y vacilaciones de dentro– su carácter exclusivamente laical, constituye un signo especialmente iluminador.

Toda forma de asociación lasallana se ofrece como ámbito para vivir y cultivar el ejercicio de la educación como una respuesta al amor que llama, dada desde el amor que impulsa.

... que puede vivirse como consagración a los pobres

La llamada de Dios a los educadores toma cuerpo en las necesidades educativas de los jóvenes, especialmente de los pobres.

Para que pueda hablarse aquí de consagración es necesario que el clamor de los que necesitan educación sea percibido como una llamada “para mí”, que no queda en dato externo meramente objetivo y más o menos anecdótico, sino que penetra en el corazón de un educador, lo interpela, lo sacude y le reclama una respuesta comprometida.

Algo así puede leerse en el itinerario personal de Juan Bautista de La Salle: ubicado con holgura en el clero y la burguesía de su época y lugar, canónigo, doctor y más que medianamente rico, es progresivamente capturado por los pobres en una serie de compromisos, cada uno de los cuales conduce a otro que no había podido prever. Para ser fiel a ellos le es necesario consentir a rupturas profundas, y aun dolorosas. De esta manera, el mundo de los necesitados, que inicialmente podía mirar con ojos de bienhechor externo, termina siendo su propio mundo, el lugar desde donde discierne el proyecto salvador de Dios y se compromete con él. Iluminado por la fe, asume los intereses de los pobres como los de Dios; y entonces el celo por la salvación de los pobres es nada menos que el celo por la gloria de Dios.

En un proceso similar, la atención de los educadores a la llamada de Dios se hace real en la atención que prestan a las llamadas de los pobres. El celo por la obra de Dios se hace real en la dedicación amorosa, inteligente y desinteresada a los jóvenes, en el esmero con que actualizan su cultura y renuevan su pedagogía para prestarles un servicio mejor. Asumir los intereses del Reino de Dios se hace real cuando los educadores dan la preferencia a los que la sociedad relega al último lugar, cumpliendo el signo mesiánico: la Buena Noticia se anuncia a los pobres.

Toda asociación lasallana trata de ubicarse en el lugar del pobre como lugar desde el cual comprender el mundo de la educación y comprometerse en él. Por este camino, da testimonio del valor supremo del hombre, “única criatura sobre la tierra a la que Dios ha querido por sí misma” (GS 24), y se consagra con amor y esperanza a promoverlo.

3. La experiencia de pertenecer...

La respuesta lasallana a las necesidades educativas de los pobres es dada desde siempre en forma asociada: *juntos y por asociación*. El capítulo 3 de este dossier muestra que no se trata de algo accidental.

Es un hecho que la adhesión al estilo lasallano de educación se vive como incorporación a un grupo –o a grupos- de personas que logran infundir a la institución educativa ciertas características en las cuales se concretiza un “espíritu” compartido.

Quizá esto es más sensible cuando se llega por primera vez. No pocas veces los educadores que entran en una institución lasallana perciben un estilo de relaciones que llama su atención. Entre los colegas advierten respeto, franqueza, colaboración, solidaridad, diálogo, apoyo mutuo, incluso afecto; y adhesión a la institución aun hasta la abnegación. Hacia los estudiantes, respeto y valoración de las personas, interés por las situaciones individuales, preocupación por su progreso, cercanía, afán de adaptación, disponibilidad, inventiva para dar

con nuevos recursos pedagógicos, donación de tiempo, de medios y de afecto, más allá de lo que podría exigirse por estricto reglamento².

Adherirse a un grupo de educadores de estas o parecidas características permite algo más que solamente “sentirse bien allí”. Es incorporarse a un ámbito de encuentro entre la llamada (la llamada de los pobres, la llamada del ideal de humanidad,...) y la respuesta educativa eficaz (posibilitar a los pobres una convivencia humana digna...). Es incorporarse a algo que es signo (presencia anticipada y como embrionaria) de la comunidad humana posible, e instrumento de su construcción.

Toda forma de asociación lasallana trata de ofrecerse como tal ámbito y de cultivar entre sus miembros el sentido de pertenencia al mismo.

... que puede vivirse como comunión

Avanzando en las implicaciones de la pertenencia a alguna forma de comunidad se puede llegar a comprender y experimentar la vocación educadora y la respuesta dada en asociación con otros, como un don gratuito.

- Es don gratuito la llamada porque, en la base del encargo y de la tarea encomendada, está la deferencia que surge de un amor confiado; y también porque orienta (y aun revela) las capacidades y los talentos de que se está dotado.
- Es don gratuito la respuesta, en cuanto supera las expectativas previas y hace llegar a donde no se creía poder llegar; y lo es, además, en cuanto conduce a superar el autocentramiento y a abrazar como propios los intereses de los pobres.
- Son un don gratuito los otros: los colegas educadores, los jóvenes que se educan; todos ellos, con sus dones y sus necesidades diferentes y complementarios, manifiestan la riqueza inagotable de lo humano. Y ante ellos, uno mismo se percibe como don gratuito para sí, para los colegas, para los jóvenes.
- Es don gratuito el “hecho” lasallano, que llega de antes, quizá de lejos, que hoy se ofrece como posibilidad salvadora, y que invita a tomar parte activa en él, con otros.
- Es don gratuito, por último y sobre todo, la fidelidad, expresada de muy diferentes maneras: fidelidad de la llamada, en cuanto el clamor de los pobres no es nunca acallado y puede seguir siendo oído; fidelidad de la respuesta, ya que la permanencia de la autodonación personal y grupal supera las posibilidades humanas; fidelidad de la comunidad lasallana, que sigue estando o renaciendo en medio de los cambios de la historia, siempre orientada o reorientada por las antiguas y nuevas llamadas de los pobres.

Una comunidad lasallana –sea cual fuere la forma que deba adoptar en los tiempos nuevos– donde se vive la vocación educadora como un don se convierte en ámbito de comunión, si con esta palabra se puede representar un encuentro duradero y no superficial.

Comunión con la trascendencia (que puede vivirse en la multiplicidad de las creencias religiosas, e incluso sin profesar ninguna): la conciencia del don remite a su origen y a su

² Es evidente que poner el acento en las relaciones no implica descuidar los saberes, indispensables para la construcción de la comunidad humana. Acentuar no es negar el resto.

término; la respuesta fiel y generosa a los pobres atestigua la conciencia del valor trascendente del ser humano (de todos, de cada uno), no reductible a cosa.

Comunión con los otros: la experiencia de trabajar con otros y para otros puede desarrollarse hasta grados cada vez más elevados de unión de proyectos y de vidas, según a cada persona y a cada grupo los va conduciendo su fidelidad.

Si nos atrevemos a llamar “Dios” a “Aquél” (o “Aquello”) totalmente trascendente que intuimos como fuente primera y término último de todo amor, de todo don y de toda fidelidad, entonces la entrega de la propia persona para procurar con otros, por medio de la educación, la digna y justa participación de los pobres en la comunidad humana, podrá llamarse consagración a Dios para procurar su gloria.

Es el horizonte último de la pertenencia a alguna forma de asociación lasallana.

PARA CONTINUAR Y COMPARTIR LA REFLEXIÓN

1. ¿Qué elementos de los aquí presentados expresan mejor la realidad de la asociación tal como se vive en su Región? ¿Cómo los presentaría Ud. a un grupo de personas que buscan encontrar pistas para asumir un mayor compromiso con la misión educativa lasaliana?
2. ¿Qué elementos de los presentados en estas páginas le dan mayor claridad, alicientes y perspectivas estimulantes para las relaciones mutuas entre los colegas con quienes se desarrolla la misión educativa? ¿Qué encuentra particularmente desafiante para la realidad del lugar concreto donde Ud. trabaja?
3. ¿En qué medida su centro educativo se ve reflejado en esta reflexión?
4. ¿Qué pasos deberán darse, en su centro educativo, para que algo de todo esto sea realidad? ¿Y en su Distrito? ¿Y en el Instituto?
5. ¿Qué ideas encuentra más útiles para la relación entre Hermanos y Seglares lasallanos? ¿Qué otras podrían estar?

Michael F. Meister, fsc

Al abrirse el mensaje lasaliano por todo el mundo, ha sido abrazado por muchos – tanto estudiantes como maestros - que no son católicos o, incluso, cristianos. La Salle no pudo prever esta situación, pero es el resultado de lo atrayente de su visión y de su carisma, dentro del cual todos los lasalianos –independientemente de sus creencias- se sienten a gusto. Ahora, la interpretación tradicional de la *Espiritualidad Lasaliana* se ha ampliado al ser compartida más ampliamente entre la diversidad de personas que se han *asociado* a través de su trabajo de poner en práctica la visión lasaliana. Lo que parece hacer la visión de La Salle atrayente a tantos es que acoge por primera vez a los jóvenes donde están e intenta salvarlos por medio de una educación que mueve no sólo sus mentes sino también sus corazones. Esto se hace en un contexto de respeto a los alumnos y a los maestros concretos: sus personas, su destino, sus creencias. Este respeto se basa en la fe, que es el espíritu de este Instituto, y se manifiesta asimismo en un celo que continua animando la misión lasaliana con los alumnos.

1. Una visión atrayente

En sus *Meditaciones para los días de retiro*, La Salle ofrece muchas perspectivas diferentes sobre el encuentro de los Hermanos con sus alumnos. Pero quizás ninguna de estas perspectivas es tan evocadora del fundamento espiritual de su doctrina de la educación como ésta de la tercera meditación:

Como sois los embajadores y los ministros de Jesucristo en el empleo que ejercéis, tenéis que desempeñarlo como representando al mismo Jesucristo. Es Él quien quiere que vuestros discípulos os miren como a Él mismo, y que reciban vuestras instrucciones como si fuera Él mismo quien se las diera; y deben estar persuadidos de que es la verdad de Jesucristo la que habla por vuestra boca, que sólo en nombre suyo les enseñáis, que Él es quien os da autoridad sobre ellos, y que son ellos mismos la carta que Él os dicta y que escribís cada día en sus corazones, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, que actúa en vosotros y por vosotros, por la virtud de Jesucristo. Ésta os hace triunfar de cuantos obstáculos se oponen a la salvación de esos niños, iluminándolos en la persona de Jesucristo para que eviten todo lo que le puede desagradar. Para cumplir este deber con tanta perfección y exactitud como Dios exige de vosotros, entregaos a menudo al Espíritu de Nuestro Señor, a fin de no obrar en esto sino por Él, y que vuestro propio espíritu no tenga en ello participación alguna. Y que de ese modo, difundiéndose sobre ellos el Espíritu Santo, puedan poseer plenamente el espíritu del cristianismo.

Sea cual fuere el contexto cultural o religioso, el sentido de este pasaje es claro, puesto que se relaciona con el sentido de la misión adoptada por los que se llaman “lasalianos”: hay una sacralidad en lo que se hace; son embajadores de lo sagrado. Por tanto, no son sólo vehículos de conocimiento para sus alumnos, si no que también representan para ellos una conexión con lo que es santo, con lo que es último, con lo que es propio del reino del Espíritu.

2. Aproximación a la espiritualidad lasaliana

Una exploración de la espiritualidad lasaliana debe empezar por el Dios de La Salle y la fe cristiana, dentro de la cual él articuló su visión de la educación. Al mismo tiempo, como ya se advirtió antes, esta visión continúa viviendo en virtud de los Hermanos y de las innumerables personas que se han unido y continúan uniéndoseles en su misión. Y todos ellos se llaman lasalianos. Tal visión está determinada cada vez más por una sensación común de asociación, que es la sensación de trabajar juntos por el mismo fin y que está ampliamente sostenida por una espiritualidad común, construida sobre los principios que el mismo Fundador adoptó y enunció. Esta espiritualidad se ha ampliado hoy, en el sentido de que tiene en cuenta el hecho de que el mundo lasaliano es verdaderamente global, diverso y compuesto de una “trinidad” de interesados: los Hermanos, los que se asocian con ellos en su misión educativa, y sus alumnos, que mantienen unidos a los tres con una finalidad relacionada con su misma salvación. Al mismo tiempo, la espiritualidad lasaliana celebra el hecho de que los Hermanos y sus asociados son llamados a la acción por Dios y por sus alumnos para salvar a esos mismos alumnos.

3. ¿Qué es espiritualidad?

El reino de la espiritualidad lleva a uno hacia el interior y afecta a las cosas del espíritu. Es, al menos, una percepción o, incluso, un encuentro con lo sagrado y lo santo que permanece fuera de los acontecimientos de la experiencia ordinaria. Es una manera de buscar a Dios y de responder a la invitación de Dios a mirar más profundamente y verlo todo de manera diferente. Es un elemento profundo de toda tradición religiosa e, independientemente de los nombres que uno da a Dios, representa una base común en la que todos los humanos pueden identificarse.

La espiritualidad es fundamentalmente una manera de valorar y articular la experiencia de Dios. Cada cultura y civilización a lo largo de los tiempos lleva consigo constancia de sus experiencias de lo sagrado. Aunque cada uno experimenta a Dios de manera diferente, hay también articulaciones de esta experiencia profundamente significativas para mucha gente al mismo tiempo y durante largos periodos de tiempo. Llegan a ser tradiciones o “escuelas” que atraen adeptos que encuentran sentido más profundo en sus vidas porque esta espiritualidad particular les da una manera de articularlo y vivirlo.

La espiritualidad es un don de Dios a todos. No es meramente una experiencia enrarecida para “gente santa” o para “profesionales religiosos.” Los cristianos creen que Dios ama tanto a cada uno de ellos que se hizo uno de ellos en la persona de Jesucristo. De manera muy especial, la espiritualidad es la valoración creciente de esta realidad durante la vida.

4. Una espiritualidad lasaliana

Así ocurre con los seguidores de Juan Bautista de La Salle, que han heredado una tradición espiritual de él y que se esfuerzan por encarnar esa tradición en sus vidas mientras continúan su visión y su misión educativa en el mundo de hoy. Su espiritualidad –tan profundamente enraizada en el Nuevo Testamento- surgió de la permanente convicción de que sus discípulos son, en palabras de san Pablo, “embajadores de Cristo” para sus alumnos y los alumnos, a su vez, son una carta que Cristo dicta y que los maestros escriben en sus corazones cada día.

La espiritualidad lasaliana es, por tanto, una espiritualidad relacional. Los que la abrazan no sólo encuentran allí el medio de fomentar su relación con Dios, sino que también descubren en esta espiritualidad que se convierten en una fuerza poderosa para el bien en las vidas de sus alumnos y que su relación con sus alumnos es un elemento clave de su experiencia de lo santo. Este sentido de relación pone de relieve la originalidad de la espiritualidad que La Salle propuso a los miembros de su sociedad. No fue algo para ser vivido solamente en tranquila contemplación detrás de los muros de un claustro, como había sido normal. Más bien, respondió a las necesidades de los pobres de su tiempo, adaptando numerosos elementos de la espiritualidad francesa contemporánea, específicamente para sus maestros, y les dio un sistema que abarcaba el misterio de Dios presente y activo en los jóvenes que poblaban sus escuelas.

Los cristianos creen que existen primero y principalmente para Dios, como fue revelado a través de Jesús. Al mismo tiempo, la vocación de lo lasaliano le llama –a él o a ella- a considerar esta existencia para Dios como contextualizada en su asociación, juntos, para la finalidad de la educación. La relación de la educación llega a ser el medio a través del cual ellos encuentran a Dios, especialmente por su atención a las necesidades de aquellos a quienes enseñan. Y cuando los alumnos se ven como parte de esta relación, ellos también son invitados y traídos al reino donde este encuentro se hace posible.

5. No sólo para Hermanos

La espiritualidad lasaliana es una manifestación de la herencia viva del Instituto que viene directamente de La Salle, y es el resultado de su propio itinerario espiritual. Para los actuales lasalianos, es una manera de tejer el relato de Dios junto con su propio relato –su historia, su itinerario de fe- como individuos y como Instituto de “asociados,” centrados en su misión de educación. En este sentido, pues, es una “espiritualidad caminante,” una especie de “peregrinación lasaliana.”

La espiritualidad, en la tradición lasaliana, es una espiritualidad para personas dedicadas activamente al ministerio del Evangelio; un ministerio llevado a cabo en el mundo, no fuera de él. La espiritualidad lasaliana, por tanto, no es sólo para los Hermanos. Ha quedado claro en los últimos años –especialmente desde que ellos han adoptado el principio de la Misión Compartida con verdadero entusiasmo- que sus colegas seculares y los asociados desean compartir más que el trabajo de los Hermanos. Estos asociados no sólo quieren conocer más la herencia de los Hermanos, sino que también quieren conocer más su espiritualidad, pues la encuentran muy atrayente, apetitosa, realista y accesible, precisamente porque es una espiritualidad basada en las realidades del aquí y ahora de la vida del maestro. Es un recuerdo de que este mundo –el mundo de sus alumnos- es el lugar de la Encarnación. Siendo éste el caso, incumbe a los Hermanos, que heredan esta espiritualidad de su Fundador, enseñarla y compartirla con los asociados con ellos. Y así, no solo están asociados en virtud de su misión, su ministerio, o su vocación común de enseñar, sino también por una invitación –que brota de La Salle mismo- a encontrar a Dios donde vive y a verlo en sus alumnos, como esos mismos alumnos esperan verlo en ellos.

6. Una espiritualidad para maestros

Como espiritualidad para maestros, la espiritualidad lasaliana busca unir e integrar la misión evangélica de anunciar a Cristo con la misión profesional de enseñar. Así, abandona las tradicionales dicotomías de activo frente a contemplativo y profesional frente a espiritual. Es una espiritualidad para educadores, para maestros, para aquellos que modelan los corazones y las mentes de los jóvenes, para aquellos que encarnan la realidad de Cristo ante sus alumnos. De esta manera, es una espiritualidad que celebra la presencia de Dios; un Dios que está continuamente activo en el mundo, continuamente creando, continuamente diciendo su palabra, continuamente invitando. Es una manera de vivir conscientemente en la presencia de este Dios que está presente en los maestros, presente en sus alumnos, presente en la relación educativa que los une, y presente en el lugar donde están. Así, la espiritualidad lasaliana incorpora a sus propias maneras características lo que es común a todas las espiritualidades, la experiencia del Espíritu Santo de Dios.

7. La primacía de la Escritura

En el desarrollo de la doctrina espiritual de La Salle, la primacía de la Escritura es evidente en todas partes, y esto refleja su profunda devoción a la palabra de Dios a lo largo de su vida. Es como si el Fundador llegase a transparentarse en sus escritos espirituales para dejar que la Palabra de Dios brille a través de él. En esto, modela para sus seguidores lo que está en el corazón de la espiritualidad cristiana: dejar que Dios brille a través de ellos. Esto llega a ser la principal directriz para los educadores lasalianos, que con San Pablo dicen cada día: “ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20). En el desarrollo de una base espiritual para maestros –ministros activos- La Salle tomó mucho de San Pablo. Como el Apóstol exhortaba a sus seguidores, él habló de sí mismo y de sus compañeros como “embajadores,” “ministros,” “administradores,” y “mensajeros” de Cristo, de lo santo, lo sagrado, lo Último. En el contexto de una espiritualidad para lasalianos, cada uno de estos términos define también claramente su papel en relación a su llamada y a aquellos para quienes son llamados: sus alumnos. Como san Pablo, su espiritualidad de lasalianos es una manera dinámica de conectar su llamada con aquellos para quienes son llamados.

8. Tensión y dinamismo en la espiritualidad lasaliana

Hay una tensión apremiante y creativa en la espiritualidad lasaliana. Por una parte, La Salle urge a sus seguidores –en el lenguaje de san Pablo- a verse como “embajadores” de Cristo. Por otra parte, en una de sus percepciones más valientes, realza su papel de “salvadores” de sus estudiantes. En su papel de “embajadores,” ellos mismos representan a Cristo y le representan también a los otros. La espiritualidad lasaliana les mantiene –como embajadores- en constante comunión con su Maestro. Ellos encarnan su presencia donde quiera que van y en cuanto hacen o dicen. En este sentido, su espiritualidad está orientada hacia fuera: son quienes son por sus alumnos. En su misión y ministerio lasalianos, sus alumnos les dan el ser. Así, en su papel espiritual de “salvadores,” llevan sus alumnos a Dios y llevan Dios a sus alumnos. Ellos también dan el ser a sus alumnos y son creados por ellos.

Esta relación recíproca entre maestro y alumno –no sólo a nivel de educación sino a nivel de corazón- es característica de la vocación lasaliana. En su papel profesional, la educación sólida y práctica que imparten “salva” a sus alumnos para la libertad y la dignidad, y para su

lugar adecuado en el mundo. Como “embajadores” y “salvadores,” pues, los lasalianos encuentran plenitud en una espiritualidad cristocéntrica y encarnada. Cuando encarnan a Cristo para sus estudiantes y le ven encarnado en ellos, ellos también crecen más profundamente en la semejanza de Cristo. En el corazón de toda espiritualidad cristiana está el deseo de asemejarse a Cristo. Como lasalianos, al imitar a Cristo los maestros le modelan para sus alumnos.

9. El papel de la Providencia

En otra tensión creativa, el poder de su papel activo como “embajadores” y “salvadores” está compensado por un sentido humilde de perspectiva que toda espiritualidad debe mantener. Como lasalianos, ellos enmarcan esta perspectiva en las palabras del profeta Habacuc: “Señor, la obra es tuya” (3, 2). Para La Salle, y para ellos, la espiritualidad está centrada en una confianza en la Providencia de Dios. Es un aspecto muy significativo: ellos confían en la fidelidad de Dios. Su obra es obra de Dios, y en Dios pueden hacer todo.

San Pablo realza esta tensión cuando declara: “lo que en Dios parece debilidad, es más fuerte que los hombres” (1 Cor 1, 25).

10. Espiritualidad y el “espíritu de nuestro Instituto”

Además del ya señalado sentido de la Providencia, los discípulos de La Salle encuentran otros “conceptos primordiales” en su doctrina espiritual, que son el cimiento para su espiritualidad: fe, celo y gratuidad. Fe y Celo –como las dos caras de una moneda- forman el espíritu de nuestro Instituto y nunca están separados. En su meditación para la fiesta de Epifanía, el Fundador escribe: “Muévaos la fe a hacerlo [la instrucción de los pobres], puesto que son los miembros de Jesucristo.” La gratuidad, tan central en la estructura de los esfuerzos de La Salle, llega a ser una rica faceta de su espiritualidad cuando consideran que no es sólo una realidad económica en la escuela lasaliana, sino que les pone frente a frente con la realidad teológica del don gratuito de la salvación por parte de Dios, que los ministros lasalianos ponen a disposición de sus alumnos en su papel de embajadores de Cristo.

11. Una espiritualidad de comunión

La comunión implica un tipo particular de compartir, un nivel más profundo de comunicación, un vínculo; conceptos todos que llevan a una mejor comprensión de la asociación, que está en el corazón de la misión evangélica común que une a todos los lasalianos. Por sutil que parezca, la importancia de la comunión no se pasa por alto en la espiritualidad lasaliana. Como aspecto de cualquier espiritualidad, la comunión acerca lo divino y lo humano. Esto puede verse, como se hizo notar antes, donde aquellos que abrazan la espiritualidad de La Salle se ven a sí mismos como embajadores de Cristo y ministros con sus alumnos de la salvación que él ofrece gratuitamente.

La comunión está en el corazón de la comunidad, la muda pero viva realidad que da energía a los que la crean y les da sentido de solidaridad. La espiritualidad lasaliana, centrada en la persona de Jesús en los otros y en la concepción descubierta de la presencia de Dios, permite a la asociación lasaliana sobrepasar lo que sería una mera confederación internacional de

maestros y llegar a ser una fuerza santa para el bien en las vidas de numerosos jóvenes por toda la superficie del globo.

12. Una espiritualidad de diálogo

Cualquier espiritualidad, como relación –comunió- con Dios, implica un diálogo continuo. La espiritualidad lasaliana toma este elemento del dialogo e incluye a los alumnos en la “conversación” entre el maestro y Dios. Así, es una espiritualidad dirigida al otro más que al propio yo. Citando la imagen de la escala de Jacob, en la sexta de sus *Meditaciones para los días de retiro*, los maestros son como ángeles que van y vienen de Dios. La oración de los lasalianos es, pues, una oportunidad de llevar a Dios las necesidades de sus alumnos y de traerles las “respuestas” de Dios. Puede encontrarse otro ejemplo de esto en su *Meditación para la vigilia de la Ascensión*, donde, para La Salle, la oración es un diálogo en nombre de los alumnos, modelado en las oraciones de Jesús por sus discípulos. Aquí destaca el sermón de la Última Cena del Evangelio de Juan, donde Jesús ruega que sus discípulos sean preservados del pecado, que se les conceda compartir la santidad divina, y que haya unión entre ellos. Este elemento de unión es tan importante para La Salle que quiere que se parezca a la unión de la Santísima Trinidad, porque es el símbolo último de unión y asociación, el modelo último en su ministerio lasaliano, y la fuente de su bendición y consagración.

13. Una espiritualidad de delegación

En su espiritualidad, los lasalianos cooperan con Dios en la obra de la salvación de sus alumnos. Celebran al Dios que les delega como instrumentos y mediadores de sus dones salvíficos. Como instrumentos de Dios –herramientas en las manos de Dios- comunican para y con sus alumnos en su papel de embajadores. Su mensaje de Dios es un mensaje de esperanza, de amor, y de dignidad y respeto que habilita a sus estudiantes a verse como moldeados a imagen y semejanza de Dios y dignos de su amor. No sólo esta perspectiva alcanza al reino espiritual, sino que en la escuela lasaliana tiene capacidad de forjar el currículum y la misma educación que los estudiantes reciben, todo lo cual da sentido y finalidad a la asociación lasaliana.

14. Una espiritualidad de acción de gracias

La espiritualidad lasaliana es también una espiritualidad de agradecimiento, una actitud importante en los escritos espirituales de La Salle: los maestros están agradecidos a la bondad de Dios al llamarles y enviarles; están agradecidos por las “obras maravillosas de Dios” que ejecutan con sus alumnos; dan gracias por la intervención de Dios en beneficio de la juventud; le están agradecidos por los buenos efectos de su enseñanza y por los beneficios de su buen ejemplo a sus estudiantes; agradecen por preservar a sus alumnos del mal; y dan gracias por compartir el ministerio de la enseñanza de Cristo y sus apóstoles.

15. Mover los corazones

Finalmente, La Salle dice a sus discípulos que hay una especie de barómetro en cuanto a cómo esta espiritualidad tiene implicaciones prácticas: el suyo es un ministerio donde ellos

“mueven los corazones.” Como aspecto de su espiritualidad, esto es tan central a ellos porque se abre a la misma finalidad del Instituto y a su llamada como lasalianos: la salvación de sus alumnos. Al mismo tiempo, este mover los corazones es un don del Espíritu de Dios y precisa de una especie de conversión. En su Meditación para la Fiesta de Pentecostés, las palabras del Fundador son muy claras:

Vosotros ejercéis un empleo que os pone en la obligación de mover los corazones; y no podréis conseguirlo sino por el Espíritu de Dios. Pedidle que os conceda hoy la misma gracia que otorgó a los santos apóstoles, y que después de haberos colmado de su Espíritu para santificaros, os lo comunique también para procurar la salvación de los demás.

La espiritualidad abrazada por los lasalianos hoy es un alimento no solo porque su energía brota de una relación con el Dios vivo, sino porque es una espiritualidad de comunión, de pertenencia. Es una espiritualidad que se encierra en el amor y afecto a los alumnos que Dios les envía. Para los alumnos son guías, para ellos son hermanos y hermanas mayores. Sin embargo, como se hizo notar antes, ellos son también salvados y llevados a Dios por sus alumnos. Pero para esto se precisa una cierta “humildad lasaliana,” un darse cuenta de que Dios actúa de maneras misteriosas, no sólo a través de ellos, sino también a través de sus alumnos. Tanto como ellos evangelizan a sus alumnos, los alumnos les evangelizan a ellos. Así, sus escuelas son comunidades del Espíritu donde los alumnos son amados y respetados, particularmente los pobres. En su Meditación para la fiesta de la Epifanía, La Salle urge a sus discípulos a reconocer y adorar a Jesús en ellos.

Para los lasalianos, pues, la suya es una espiritualidad donde ponen en práctica para sus alumnos el don de la llamada que han recibido; para ellos y desde ellos. Esta realidad impulsa todas sus interacciones con sus alumnos. Al mismo tiempo, cuando escuchan la voz de Dios que llama y crea dentro de ellos –una voz que también oyen a través de sus alumnos- estos también les urgen a oír la voz del Espíritu de Dios que clama profundamente dentro de ellos, también. De nuevo en su Meditación de Epifanía, La Salle escribe:

Dios dispensó a Samuel el favor de hablarle porque se presentó tres veces seguidas para escucharlo en cuanto oyó su voz. Y san Pablo mereció la total conversión porque primero fue fiel a la voz de Jesucristo, que lo llamaba. Eso es lo que debéis hacer vosotros al igual que ellos.

Conclusión

Al final de la Regla de 1987, el artículo 146 da un sentido de perspectiva no sólo a la vitalidad del Instituto sino a la herencia espiritual del Fundador, desde la cual el Instituto y todo lo que le pertenece en diferentes grados adquieren sentido.

“Los dones espirituales que la Iglesia ha recibido en san Juan Bautista de La Salle desbordan el marco del Instituto que fundó. Éste descubre en la existencia de los movimientos lasalianos una gracia de Dios que renueva su propia vitalidad. Por eso, puede asociar a seculares, que tienden a la perfección evangélica de acuerdo con el espíritu propio del Instituto y que participan de su misión.”

Los “dones espirituales” a los que este artículo se refiere incluyen la espiritualidad que se dice lasaliana y que los Hermanos y sus colegas asociados siguen y comparten. Es un don que une a aquellos que lo reclaman para el Fundador y para los demás. Y este lazo es nada menos que la presencia de Dios de la que, en palabras de la Regla (art. 6), “se nutren continuamente.” En diálogo con Dios, con los otros, y con sus alumnos, los lasalianos están hoy llenos del mismo Espíritu que sostuvo al Fundador, que sostiene al Instituto, y que continúa llamando desde lo más profundo para responder, con el testimonio de sus vidas, “¡Por siempre!” cuando cualquier lasaliano proclame la esencia de su espiritualidad diciendo: “¡Viva Jesús en nuestros corazones!”

PARA CONTINUAR Y COMPARTIR LA REFLEXIÓN

1. La Salle declara que sus alumnos “son ellos mismos una carta que Él [Cristo] os dicta y que escribís cada día en sus corazones, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo.” ¿De qué manera escribe usted esta carta? Si alguien le pidiera que escribiera una carta, qué diría ella? (Apartado 1) (¿Cómo realza esto su sentido de asociación con otros lasalianos?)
2. ¿De qué manera es su relación con sus estudiantes un elemento de su experiencia de lo santo o lo sagrado? (Apartado 4) (¿Cómo realza esto su sentido de asociación con otros lasalianos?)
3. ¿De qué manera está tejida la historia del itinerario de su vida junto con la historia de Dios? (Apartado 5) (¿Cómo realza esto su sentido de asociación con otros lasalianos?)
4. De qué manera acerca usted Dios a sus alumnos? ¿De qué manera sus alumnos acercan Dios a usted? (Apartado 8) (¿Cómo realza esto su sentido de asociación con otros lasalianos?)
5. ¿De qué manera lleva usted a cabo el mandato de La Salle de mover los corazones de sus alumnos? ¿De qué manera sus alumnos mueven su corazón? (Apartado 15) (¿Cómo realza esto su sentido de asociación con otros lasalianos?)
6. ¿De qué manera queda realizada su asociación con otros lasalianos por la espiritualidad de La Salle tal como usted la experimenta?

CONCLUSION

LA IDENTIDAD LASALIANA HOY: UNA IDENTIDAD DIFERENCIADA

Robert Comte, fsc

Este informe se empeña en despejar los elementos esenciales de la identidad lasaliana en torno a los ejes de la misión, la consagración y la espiritualidad, siendo la comunidad y la asociación una dimensión transversal de esta identidad.

La novedad de la situación actual consiste en que esta identidad lasaliana, que hasta hace poco era la prioridad exclusiva de los Hermanos, ahora también la reivindican los seculares, ya se trate de personas aisladas o de grupos: la diversidad actual de los lasalianos es el signo de que la familia acoge nuevas adhesiones, que los Hermanos por otra parte no se esperaban. Ser lasaliano se ha transformado en un signo de identificación: cada cual a su manera, tanto unos como otros, comparten una misma identidad. Todos beben en las fuentes del mismo manantial inspirador y se esfuerzan por alimentar su vida, especialmente, para su actividad educativa.

Esta toma de conciencia de pertenencia a la familia lasaliana se traduce en primer lugar por la forma de actuar en la vida de las instituciones educativas (que a veces han sido elegidas con conocimiento de causa). También sabemos que hay seculares que viven más explícitamente diferentes formas de asociación, con los Hermanos y/o entre ellos, y esas formas pueden ser muy variadas (no deberíamos olvidar realidades más antiguas, como las dos congregaciones religiosas o el Instituto secular que reivindican su espíritu lasaliano, así como los grupos Signum Fidei o la Fraternidad lasaliana, denominada Orden Terciaria Lasaliana).

En sí misma, la diversidad de las iniciativas nacientes en este momento en diferentes regiones del mundo, así como el tiempo de experimentación que el Instituto se ha dado en este tema durante el último Capítulo General (Actas del 43º Capítulo General, pág. 9), nos prohíbe pretender definir las diversas identidades lasalianas que están surgiendo. La cuestión resulta tanto más compleja cuanto que debemos tener en cuenta las diferentes afiliaciones religiosas de las que se reclaman los seculares lasalianos en ciertos lugares del mundo.

Sin embargo, un punto debe quedar claro: los Hermanos y por consiguiente, el Instituto como tal, no pueden reivindicar la exclusividad de la herencia lasaliana. Ésta la comparten desde ahora con otros, aunque los Hermanos permanecen a título particular pero no exclusivo, «el corazón, la memoria y la garantía» de esta herencia. A plazo más o menos corto, la interpretación de la herencia se inspirará de esta diversidad de la familia lasaliana.

Al mismo tiempo se debe evitar, cueste lo que cueste, que unos y otros comprendan sus identidades respectivas solamente comparándose a partir de sus diferencias, teniendo los unos aquello que los otros no tienen o considerándose los unos como superiores a los otros (los Hermanos con respecto a los seculares, y estos últimos con respecto a aquellos que no han emprendido ningún proceso formal). Intentemos situar los unos con respecto a los otros de dos formas que no se superponen enteramente.

Se podría decir en primer lugar que algunos, al mismo tiempo que viven fundamentalmente la misma situación que los otros, se transforman para estos últimos en **signos** de lo que todos están llamados a vivir: expresan públicamente por medio de un gesto (diferente para los

Hermanos y los seglares asociados) el sentido que dan a su vida y en particular su acción educativa. No hacen necesariamente más que los otros u otra cosa diferente de ellos; se atreven a decir en nombre de qué o de quien lo hacen. Todos no están llamados a expresarlo así, pero su proceso es una llamada dirigida a todos de ir hasta los orígenes de su acción. Sin duda, la mayor parte no se sentirá llamada a realizar tal gesto: entre ellos, los hay sin embargo -y pueden ser numerosos- que se reconocen en la inspiración lasaliana y actúan en armonía con ella.

También se puede decir que Hermanos y seglares dan un acento diferente a su existencia. Los unos, seglares, subrayan más por su estilo de vida su inserción en este mundo, en un proceso de *encarnación* que se manifiesta en su vida de familia así como en sus compromisos sociales o políticos. Los otros, los Hermanos, expresan más la dimensión *utópica* o profética por medio de su vida fraterna inspirada en las primeras comunidades cristianas; también se podría decir que dan testimonio de una experiencia que desborda la condición presente y hace referencia a la dimensión escatológica del destino humano. Pero se trata de una diferencia de acento: en su existencia plenamente encarnada, los seglares no pueden olvidar que su destino no se cumple más que en la esperanza escatológica; y en su vida utópica, los Hermanos no pueden ignorar que se inscriben plenamente en este mundo (hasta pretenden desempeñar plenamente una profesión y trabajar en instituciones cuyo significado social es crucial).

En el transcurso de los años venideros, unos y otros deberán aprender a vivir en ese nuevo contexto: los Hermanos deberán acoger a esos nuevos miembros de la familia, sin sentirse desposeídos de aquello de lo que creían ser los únicos herederos; los seglares deberán encontrar su pleno desarrollo junto a los Hermanos, de los que no son una copia descolorida. Podemos preguntarnos si no estamos llamados todos a superar una lógica del tener (en la que cada cual se agarra a lo que estima ser su identidad) para entrar en una lógica del dar (aceptando cada cual dar o recibir, según le corresponda), lo cual constituye la mejor forma de reconocernos plenamente los unos a los otros.